

Honoris Causa



Universitat de Lleida



Carlos Martínez Shaw

HONORIS CAUSA

INVESTIDURA COM A DOCTOR
HONORIS CAUSA DEL SENYOR

CARLOS MARTÍNEZ SHAW



Universitat de Lleida

Recull de les intervencions i lliçons pronunciades en l'acte d'investidura com a doctor *Honoris Causa* de la Universitat de Lleida del Dr. Carlos Martínez Shaw, que es va fer a la sala d'actes de l'Edifici del Rectorat el dia 29 d'octubre de 2010.

© Edicions de la Universitat de Lleida, 2011

Disseny i maquetació: cat Et cas / Edicions i Publicacions de la UdL

Fotografia de portada: Xavier Goñi. Servei de Reproducció d'Imatge de la UdL

Dipòsit Legal: L-1242-2011

Per a més informació, visiteu la [web de la Universitat de Lleida](#).

ÍNDEX

Salutació	
Dr. Joan Viñas Salas	5
<i>Laudatio</i>	
Dr. Roberto Fernández	7
Acte de doctorat <i>Honoris Causa</i>	
Sr. Carlos Martínez Shaw	43
Discurs de cloenda	
Dr. Joan Viñas Salas	82

SALUTACIÓ

DR. JOAN VIÑAS SALAS

Bon tarda. Benvinguts i benvingudes a l'acte d'investidura del professor Carlos Martínez Shaw com a doctor *Honoris Causa* per la Universitat de Lleida.

Les universitats acostumem a reservar un ritual solemne i amb sabor antic per a aquest esdeveniment. D'aquesta manera volem posar de manifest la importància i el valor que donem a aquest acte.

Amb aquesta investidura estem reconeixent la trajectòria humana i professional, acadèmica i científica del Dr. Martínez Shaw. El Dr. Martínez Shaw ha contribuït, amb el seu saber, no només al progrés del coneixement de la història sinó també al progrés del conjunt de la societat, ja que una cosa va lligada a l'altra de manera indestriable. D'altra banda, el seu nom està lligat a l'etapa fundacional d'aquesta universitat.

Per tot plegat, doncs, la Universitat de Lleida es complau a reconèixer aquests mèrits, amb la consciència que a l'honorar-lo ens beneficiarem de la seva saviesa i de la seva humanitat i tindrem en ell un valedor.

LAUDATIO

DR. ROBERTO FERNÁNDEZ

CARLOS MARTÍNEZ SHAW, HISTORIADOR MODERNISTA¹

*A doña Concha y a don Joaquín,
que siempre me acogieron en Sevilla.*

I

Cuando fuera de nuestra institución me preguntan qué es un universitario, suelo decir que tres cosas diferentes en una indivisible. Como es notorio, se trata por supuesto de una única condición administrativa y laboral que en general permite vivir dignamente a quien la adquiere; pero, sobre todo, debería ser una vocación y un compromiso por guardar y hacer guardar una triple obligación: venerar la docencia, amar la investigación y comprometerse con la gestión de la vida universitaria.

Ahora bien, todos sabemos que entre el es y el debería ser hay casi siempre una distancia que la política es la encargada de tratar de acortar. Sin embargo, algunas veces hace falta poca política porque ya de suyo la vida se ocupa de hacer coincidir lo que debería ser con lo que realmente ya es. Perdonen este inicio un tanto alambicado con ribetes de rudimentaria ontología. En realidad, simplemente quiero decir que la cuestión básica por la cual se otorga la condición de doctor *Honoris Causa* de la Universitat de

1. Buena parte de las afirmaciones que se realizarán en el presente texto provienen de la información adquirida en mi relación de "hermandad" durante treinta y cinco años con Carlos Martínez Shaw. Otra parte puede comprobarse con la consulta de su amplio y variado currículo. Resulta igualmente de utilidad la lectura de la entrevista realizada a nuestro historiador por Roberto Fernández, Àlex Sánchez y Joaquim Prats, "Carlos Martínez Shaw. De comercio, colonias y sociedad", *Aula. Historia Social*, 21 (2009), pp. 5-15. (Este texto es la versión ampliada de la laudatio leída el 28 de octubre de 2010 en el acto de investidura de Carlos Martínez Shaw como doctor *Honoris Causa* de la Universitat de Lleida.)

Lleida al profesor Carlos Martínez Shaw, es porque su trayectoria vital, profesional y académica representa paladinamente lo que algunos pensamos que es un paradigma de profesor universitario que ha sabido y sabe guardar un fecundo compromiso con enseñar, con investigar y con gestionar la vida académica en beneficio de la sociedad que le ha confiado estas tareas.

Permítanme empezar la glosa de su trayectoria con una breve referencia personal. Cuando nos conocimos corría octubre de 1975. Fue en una de aquellas frecuentes e interminables asambleas que se organizaban en los pabellones de Pedralbes, donde estábamos provisionalmente instalados los estudiantes de Geografía e Historia a la espera de la nueva sede de la Facultad. En esta ocasión, se trataba de una reunión cuyo motivo era precisamente reclamar que las clases pudieran impartirse lo antes posible en el nuevo edificio, al que solo le faltaban algunos detalles que a los estudiantes nos parecían más que secundarios.

En el transcurso de aquella agitada asamblea que yo moderaba, y en la que también participaban algunos "penenes" (profesores no numerarios), varias fueron las veces que un joven profesor me pidió la palabra. Y con la arrogante seguridad propia de mi juventud y el igualitarismo radical que entonces corría por mis venas, otras tantas fueron las ocasiones que le indiqué de manera imperativa que todavía no era su turno y que debía esperarse. Finalmente, el joven profesor pudo hablar, y con gran claridad expositiva nos proporcionó la información necesaria y la interpretación correcta para que la asamblea pudiera encontrar su rumbo y finalizara con el acuerdo de esperar las gestiones que él mismo decía estar realizando. El joven profesor era el jefe de estudios de la Facultad de Geografía e Historia que a la sazón dirigía el decano Emili Giralt, personaje sobrio pero entrañable que siempre me pareció como una de esas figuras estoicas capaces de mantener la calma y la dignidad en cualquier circunstancia.

Aquel profesor era Carlos Martínez Shaw, tenía en esos momentos treinta años justos y acababa de aprobar sus primeras oposiciones como adjunto numerario. Su exacta identidad la conocí una semana después, cuando contemplé con asombro, y algo de espanto, que el profesor que entraba a impartirnos la asignatura de Introducción a la Historia

era el mismo al que había negado reiteradamente el uso de la palabra en la susodicha asamblea. Como es natural nada ocurrió. Bueno, sí que pasó algo: en el transcurrir de aquella clase tuve la sensación de que se abría ante mí un mundo intelectual nuevo, algo muy parecido a lo que venía buscando desde hacía tiempo.

Recuerdo bien que la clase versó sobre la objetividad en la historiografía, y puedo afirmar, si se me permite un tono algo trascendente, que fue de capital importancia para mi futuro intelectual, académico y personal. Había estado a punto de hacer Filosofía porque me interesaba intuitivamente el eterno problema humano de la verdad. Había dudado mucho entre dedicarme a conocer a los grandes filósofos o en saber qué pasó durante la Revolución Francesa. Pero aquella apasionada, lúcida y didáctica clase fue para mí un faro que sirvió de guía en la bruma en que estaba envuelto. Algo que vino a mostrarme la relevancia social de la enseñanza. Algo que vino a indicarme lo importante que era reconstruir con rigor el pasado para bien vivir el presente. Algo que vino a decirme, al fin, que dedicándome a la docencia de la historia podía encontrar sentido a mi vida y que no me había equivocado eligiendo aquella carrera. Ese fue, sin duda, mi primer débito con Carlos Martínez Shaw. El primero de una larga lista de adeudos que él nunca admitirá, pero que conocen bien nuestros amigos comunes.

Sin embargo, no es el momento para hablar de esta deuda personal entre maestro y discípulo. De lo que cabe ocuparse ahora es del adeudo colectivo que tenemos con nuestro historiador. El que tiene el modernismo hispano, el que tiene la universidad española y el que más particularmente tiene la Universitat de Lleida. Un debe que empezamos a saldar de manera parcial con el haber de su nombramiento como doctor *Honoris Causa* de nuestra universidad ilerdense. Así pues, como mandan los cánones del protocolo académico, es preciso ocuparnos a continuación de acreditar nuestro reconocimiento presentando públicamente su fecunda trayectoria intelectual y académica.

II

En el número 14 de la calle Cano y Cueto del popular barrio hispalense de la Puerta de la Carne, junto al mítico barrio de Santa Cruz, nació nuestro historiador un 28 de

junio de 1945. Vino al mundo como fruto del siempre bien avenido y longevo matrimonio entre don Joaquín Martínez y doña Concepción Shaw. Estamos, pues, ante un sevillano por los cuatro costados. Un sevillano por azar del nacimiento pero también por posterior vocación de serlo. Un sevillano enamorado de Hispalis, que atesora un enciclopédico conocimiento de su ciudad y que debería ser declarado cicerone oficial por sus autoridades. Pero, eso sí, un sevillano de identidades suaves, capaz de sentirse al tiempo andaluz y español, y desde luego, como veremos, también algo catalán. Con el racionalismo ilustrado por bandera, ha sabido siempre combinar el cosmopolitismo propio de la Ilustración, que le ha llevado a viajar por los cinco continentes buscando saborear las culturas de la humanidad, con la pertenencia identitaria sevillana-andaluza-española, sin dejar de sentirse siempre un enamorado admirador de la tierra catalana, en la que tan amplia y prolífica etapa de su vida ha pasado, como más adelante detallaré.

Pero volvamos a 1945. Desde su infancia empezó a dejar constancia de sus cualidades intelectuales, entre las cuales la memoria ha sido una de las más destacadas. Como bien sabemos amigos y colegas, su infalible memoria es uno de sus rasgos característicos que provoca en muchos de nosotros una sincera admiración combinada con una sana envidia. Un don natural que, no obstante, se ha encargado de desarrollar y que siempre ha ejercido con humildad, sin aspavientos, sin pedantería, sin querer apabullar a nadie y sin atisbos de ostentación o exhibicionismo, actitud esta última que ha procurado mantener siempre alejada de su comportamiento vital siguiendo el testimonio de su admirado Georges Brassens. Una memoria, por cierto, que no le ha impedido mostrar una esmerada capacidad conceptualizadora que ha favorecido su competencia para analizar la realidad histórica desde las colinas de la abstracción generalizadora y la teoría.

Sus estudios de primaria los cursó en el Colegio Miguel de Mañara instalado en el espléndido palacio de Don Miguel de Mañara Vicentelo de Meca, donde confiesa haber sido un alumno aplicado pero de irregular conducta. Posteriormente pasó a estudiar en las Escuelas Francesas, donde mejoró su comportamiento al tiempo que continuó obteniendo las máximas notas, recompensadas cada año con el Premio de Excelencia. Es más que posible que de esos tempranos tiempos provenga su confeso amor por la cultura francesa y su dominio de la lengua de Flaubert, enseñada con cariño y eficacia

por uno de sus profesores preferidos, don Florentino Enjolras. Un dominio del francés que, con el transcurrir de los años, le ha permitido traducir, con rigor y elegancia, una obra de síntesis sobre la historia moderna editada por la Editorial Salvat en 1982 y, más recientemente, el pionero libro de Henry Lapeyre sobre la familia de comerciantes de los Ruiz en 2008. Un manejo de lenguas que ha ido extendiendo sucesivamente al catalán, al inglés, al alemán, al portugués y al italiano con algo más que solvencia por su parte y que le ha permitido, en suma, el tan preciado bien intelectual de estar en permanente conexión con la historiografía internacional de las últimas décadas.

El preuniversitario lo cursó en el Instituto San Isidoro, mostrando nuevamente sus cualidades intelectuales con otro brillante expediente académico. Durante su estancia en dicha institución reconoce la especial influencia de su profesora de griego, doña Esperanza Albarrán, y también la de don José Muñoz Pérez, quien le enseñó la maestría que siempre ha mostrado en tomar anotaciones y en preparar conferencias. Aunque casi todas las especialidades de aquella secundaria se le daban bien, incluyendo las matemáticas, lo cierto es que las llamadas humanidades acabaron convenciéndolo con relativa facilidad.

La economía familiar era ciertamente modesta, pero un joven con aquellas cualidades resultaba casi obligado que fuera a la universidad. Doña Concha y don Joaquín no lo dudaron. Nuestro futuro historiador tampoco. Hubo que abordar, pues, el siempre complicado asunto de elegir la carrera y la profesión con la que ganarse la vida. La elección se situó entre Derecho y Filosofía y Letras. A favor del mundo de las leyes estaba la preferencia paterna, que veía en el ámbito jurídico una mejor salida laboral, mientras que a favor del universo de las letras resonaban las palabras de la profesora Albarrán, cuando había recordado a sus alumnos con vocación humanística que un catedrático de bachillerato ganaba 7.000 pesetas al mes. Un nada despreciable sueldo que por aquel entonces representaba bastante más de lo que ganaba el pluriempleado don Joaquín con su taxi Chrysler de la parada de la plaza de San Pedro y con su empleo como administrativo en la Pirotecnia de Sevilla.

Hoy sabemos que acabó venciendo doña Esperanza. No era desde luego una mala opción. Si la suerte le sonreía, al menos podría ganarse la vida con holgura ejerciendo algo que ya formaba parte de su esencia vocacional: acumular conocimientos para enseñarlos a los demás. Algo a lo que le hemos llamado siempre docencia y que es sobre todo una actitud vital que a nuestro personaje le ha acompañado a lo largo de su trayectoria. A la postre, sería su inclinación profesional más sentida y uno de los rasgos más destacados de su personalidad humana e intelectual, de la cual me ocuparé más adelante con mayor detalle.

La Universidad de Sevilla que le acogió no era la mejor de su historia. En medio de la mediocridad intelectual propiciada por el franquismo, cursó la especialidad de Historia General entre 1962 y 1967. La carrera la finalizó con un expediente inmaculado puesto que obtuvo la máxima nota en todas las asignaturas, y ello le mereció el premio extraordinario de licenciatura, el premio de la Real Maestranza de Sevilla, el premio del Ayuntamiento de Sevilla al mejor expediente universitario y, un año más tarde, nada menos que la Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio al Mérito Académico.

Sin duda había aprovechado el tiempo por su reconocida aplicación académica, pero también gracias a que en aquella gris y brumosa institución universitaria conoció a algunos profesores de los que siempre ha manifestado guardar un grato y agradecido recuerdo por la luz intelectual que le ofrecieron. De don Agustín García Calvo aprendió el amor por el mundo clásico, por el teatro y por Brassens. De don Antonio Blanco Freijeiro, el aprecio por el arte y su historia, que siempre ha sido una de las pasiones más evidentes de la insaciable curiosidad intelectual de nuestro personaje. De don Juan de Mata Carriazo, procedente de la Institución Libre de Enseñanza, le quedó la admiración por su oratoria, que confiesa no haberla conocido mejor. De don José Luis Comellas, el valor por un rigor didáctico que siempre ha procurado seguir a lo largo de sus años de docencia. Y de don José Manuel Cuenca Toribio, en aquella época un joven profesor adjunto con muchas inquietudes, recuerda que fueron vitales para su formación los seminarios que organizaba para un grupo de alumnos que ya manifestaban una cierta inclinación por el estudio de la historia. Fue precisamente en aquellas sesiones en las

que pudo tomar contacto con la lectura del renovador historiador galo Fernand Braudel y con la cada vez más influyente Escuela de los *Annales*.

Acordándose de las palabras de doña Esperanza, empezó a preparar las oposiciones para la enseñanza secundaria. En aquella época resultaba la salida profesional más corriente. Y tal vez la más idónea para él, pues era una magnífica oportunidad para poder utilizar su excelente preparación académica y su ancha memoria. Todos los que le conocemos no albergamos duda alguna de que hubiera acabado obteniendo un sobresaliente resultado como opositor. Pero no hizo falta que se pusiera ante un tribunal. Esa regularidad social llamada azar, que existiendo nadie sabe como funciona, se interpuso en su camino. Un día de los que se hallaba preparando las oposiciones en la biblioteca de su facultad, el profesor Cuenca Toribio le hizo una oferta que no pudo rechazar y que iba a cambiar su vida. El ofrecimiento era el siguiente: acompañarle como ayudante a la Universidad de Barcelona, donde este último acababa de ganar la oposición de agregado de Historia Moderna.

Transcurría 1967, tenía veintidós años y su llegada a la Ciudad Condal resultó una verdadera revelación personal. Un sevillano que apenas había salido de Andalucía se establecía con armas y bagajes en la cosmopolita capital de Cataluña. Se instalaba en una universidad plagada de antifranquismo y en una sociedad barcelonesa plena de vitalidad y de frondosas huestes progresistas. Ahora se abría para el joven licenciado hispalense un nuevo mundo cultural que colmaba sus deseos de consumo artístico con cine de arte y ensayo, con teatro innovador, con exposiciones de arte, con la Nova Cançó, con encuentros científicos renovadores con historiadores a los que admiraba desde su tierra natal. También un nuevo mundo político que venía a responder a una inquietud social que ya entonces se situaba en el universo de la izquierda, algo que como él mismo ha afirmado en alguna ocasión se había nutrido en cierta medida en el seno de una familia "republicana y descreída". El vigor político, intelectual y cultural de aquella Barcelona abierta al mundo pronto abrió un hueco en su corazón andaluz y, según propia confesión, marcaría de manera indeleble toda su existencia. Una cavidad en la que siempre tendría acomodo su cariño por la Ciudad Condal y por la cultura

catalana de la que también se siente parte integrante. Como él mismo ha dicho, "fue una auténtica fiesta del espíritu, más que el París de Hemingway".

No debe resultar extraño, pues, que en el mítico 1968, un año después de su llegada a Barcelona, se incorporara a la reivindicación de los "penenes" por conseguir mayor estabilidad en sus puestos de trabajo y una universidad mejor. No era su primera porfía universitaria, puesto que siendo estudiante había sido delegado de curso en lucha para acabar con el franquista Sindicato de Estudiantes Universitarios. Ni tampoco debe resultar raro que se afiliara a los partidos que en aquella época representaban la verdadera vanguardia de la lucha antifranquista en Cataluña. Primero lo hizo en Bandera Roja, en 1969. Y a partir de 1974 entró a formar parte de la cantera de intelectuales que habitó el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC). Unos partidos en los que conoció, entre otros muchos, a quienes serían para siempre gentes queridas y admiradas por él como Gregorio López Raimundo, Manuel Sacristán, Paco Fernández Buey, Jordi Solé Tura, Jordi Borja, Marina Subirats, Eliseo Aja, Jaume Mascaró, Laly Vintró o Alfonso Carlos Comín, de cuya Fundación fue uno de los promotores.

Su militancia no fue epidérmica sino comprometida. Durante años se incorporó a la lucha contra el régimen franquista guiado por sus principios éticos y por sus ideas sobre la razón civilizatoria. Con su habitual entrega y con su reconocida capacidad analítica, vivió intensamente aquella conflictiva época de reuniones clandestinas, de incertidumbres y de miedos, pero también de ilusiones y esperanzas. Eran los tiempos de la Transición española, los mismos que en la actualidad algunos autores y políticos califican, en mi opinión con suma ligereza y en un claro ejemplo de anacronismo, como una época de castrantes traiciones, origen al parecer de todos nuestros actuales problemas colectivos como país.

Fueron, en efecto, años de compromiso político, pero también años apasionantes en los que se convertirá en un profesor cada vez más maduro, capaz de combinar el progreso profesional y académico con el progreso humano y vital, simbiosis que bien sabemos que es imprescindible para construir un buen historiador. Fueron tiempos en los que nuevos universos personales se abrieron ante él produciendo no pocas mutaciones en

su cuerpo moral e ideológico. Una época en la que además vino al mundo su querido hijo Miguel, nacido en 1971 como fruto temprano de su primer matrimonio celebrado dos años antes con Carmen Clavijo.

Así pues, en Barcelona participó de los anhelos autonomistas del pueblo catalán que se expresaron en aquel grito entonces mancomunado y ahora mítico de "Llibertat, Amnistia i Estatut d'Autonomia". Un clamor de época que llevó a miles de catalanes a salir reiteradamente a la calle para hacer comprender a las Españas que era posible construir un nuevo Estado alejado del nacionalismo español uniformista. Nuestro historiador hispalense vivió y sigue viviendo como suya la causa de la autonomía catalana. Vivió y sigue viviendo como justa y pertinente la lucha por defender la lengua catalana que practica, la cultura catalana de la que también forma parte por su sólida contribución al conocimiento de su historia y la identidad propia de la catalanidad que, no siendo la suya personal de origen, sí que ha pasado a formar parte de su ser social. Y eso se nota con creces, por ejemplo, en sus atinados y sugerentes comentarios sobre las veinte mejores obras de la literatura catalana de todos los tiempos que efectuó durante dos años para el periódico *El País*.

Bien puede decirse que está políticamente instalado en un catalanismo clásico y moderado, que ve perfectamente compatible su sumada adscripción sentimental a la *senyera* y a la bandera de Carlos III. Un catalanismo que rechaza una visión monolítica de la españolidad porque desestima la mirada estrecha de cualquier nacionalismo egoísta y exacerbado. Creo no errar si digo que su visión geopolítica sobre lo hispano ha contemplado siempre de manera positiva la relación dialéctica y creativa del binomio formado por España y las Españas.

Carlos Martínez Shaw es un devoto sevillano que se hizo primero barcelonés y luego catalán, que hizo de la nación catalana una empresa de reivindicación política y un motivo de cariño personal nunca olvidado hasta considerarse de hecho un "catalán de adopción", un "cónsul de andaluces" en Barcelona y un "cónsul de catalanes" en su querida Sevilla. Ha sido y es de esos españoles venidos de los más diversos lugares, que en los últimos cuarenta años ha entendido lo que significaba la nación catalana; españoles

que mediante el reconocimiento y la comprensión nos han ayudado a hacernos como pueblo. Martínez Shaw aprendió a estimar Cataluña merced a conocer sin intermediarios tergiversadores su personal idiosincrasia. Y lo hizo y lo hace sin contradicción identitaria alguna con su primera condición de andaluz sevillano y su también querida condición de español. Cuando las identidades son suaves, tolerantes y se sienten respetadas, la promiscuidad identitaria no resulta un problema sino una riqueza. Nuestro cónsul de andaluces y catalanes es un buen ejemplo de ello.

Sin embargo, la fiesta vital, cultural y política que aquella Barcelona cosmopolita vino a representar, debía combinarla con su propia trayectoria académica y profesional. Iba en ello su futuro y el sustento familiar. Entre 1967 y 1968 fue ayudante de Historia Moderna para pasar posteriormente a ocupar una plaza de profesor adjunto interino de esa misma especialidad hasta 1975, anualidad en que ganaría sus primeras oposiciones para ser adjunto numerario hasta 1984. Ninguna novedad en el *cursus honorum* de un profesor universitario de la época. Primero la ayudantía, después la interinidad y luego a esperar la decisión de los políticos respecto a un cuerpo docente universitario que aumentaba en la medida en que la universidad española se masificaba y se democratizaba. Nuestro historiador se benefició de una expansiva etapa universitaria y también sufrió las consiguientes vacilaciones que se dieron en la carrera docente e investigadora de los profesores de aquellos tiempos. Al menos, en su caso, el beneficio le reportó una plaza de funcionario. Parecía que el consejo de doña Esperanza había surtido efecto con creces. Don Joaquín y doña Concha ya podían estar tranquilos.

En su trayectoria investigadora de aquellos años empezó dedicado a una época histórica y acabó en otra. Comenzó en la contemporaneidad y recaló en los tiempos modernos. Su experiencia original estuvo vinculada al estudio del movimiento obrero y campesino gracias a una tesis de licenciatura sobre "El Cantón Sevillano". Un estudio inspirado en la lectura del libro publicado en 1966 por C. A. M Hennessy sobre el movimiento republicano español entre 1868 y 1874, y acerca del cual el profesor Cuenca Toribio le había encargado una reseña para la revista *Archivo Hispalense*. Dirigida de manera liberal por José Luis Comellas, la tesina fue editada precisamente en dicha revista en 1972. Era su primera publicación, y a buen seguro estuvo motivada por su talante de

izquierdas y por las tendencias historiográficas progresistas, que entonces reclamaban recobrar la historia de los sin historia, la historia de los subordinados, la historia de los perdedores. Y sería también la única dedicada a los tiempos contemporáneos. Si empezaba su oficio de historiador por la Andalucía social en tiempos de la Primera República y la Primera Internacional, si comenzaba estudiando a los anarquistas, pronto se iba a pasar a la Cataluña económica del setecientos y a ocuparse de las mercancías y de los comerciantes catalanes que cursaron rumbo a las Américas durante dicha centuria. Un cambio temporal y temático sin duda sustancial.

La responsabilidad de dicha mudanza cabe imputarla en buena medida al hecho institucional de su adscripción al Departamento de Historia Moderna, entonces dirigido por don Valentín Vázquez de Prada, investigador riguroso que, siguiendo lo que demandaba la historiografía de su tiempo, fue de los pioneros en insistir sobre la necesidad de realizar estudios de historia económica para comprender la historia de España. Así que fue don Valentín quien le hizo el "regalo" (así lo ha calificado el propio Martínez Shaw) de proponerle su tesis doctoral sobre el comercio de Cataluña con América en el siglo XVIII. Y también quien le acompañó al Archivo de Protocolos de Barcelona, donde recibiría la inestimable ayuda del archivero Josep Maria Madurell, a quien siempre guardaría especial recuerdo de cariño y admiración.

Aunque Vázquez de Prada era un hombre adscrito al Opus Dei, fue respetuoso con la militancia de izquierdas de nuestro historiador y resultó un director de tesis solícito y ocupado en seguir los avances de su doctorando. En sus relaciones con el veterano y conservador Vázquez de Prada, nuestro joven investigador progresista pudo mostrar lo que ha sido siempre santo y seña de su comportamiento vital: la capacidad de entenderse humanamente con personajes de variadas ideologías sin abandonar sus principios, la capacidad de distinguir entre el comportamiento cívico y humano de las personas y sus creencias religiosas o políticas. En suma, la virtud de la tolerancia.

El tema del comercio catalán con América no estaba huérfano de estudios. Otros historiadores habían recorrido meritorias sendas sobre un asunto que se situaba en el centro de gravedad del crecimiento económico de la Cataluña del setecientos. Pero faltaban

estudios monográficos efectuados por la nueva historiografía que en los años setenta comenzaba a dominar los departamentos universitarios catalanes. Una historiografía que matrimoniaba a la vez el marxismo con las aportaciones de la Escuela de los *Annales*. Con veintidós años, un joven aprendiz de historiador se puso a la tarea con la capacidad de trabajo y de disciplina que le ha caracterizado toda la vida, la misma que hoy no afloja ni cuando las condiciones de su salud no son a veces las más idóneas. Y con el comercio colonial llegó Pierre Vilar, y lo hizo nuevamente de la mano de don Valentín. Era la estación obligada. Había que leerse con puntillismo los tomos de la *Cataluña en la España moderna* publicados en 1962, especialmente el dedicado al tráfico mercantil. Nuestro historiador se sumergía de lleno en una apasionante cuestión que Maurice Dobb había puesto en la mesa de discusión de los historiadores europeos: la función del capital comercial en la transición del feudalismo tardío al capitalismo. Y eso, aplicado a Cataluña, quería decir, entre otras cosas, explicar el papel que América había jugado en la transformación económica de la Cataluña del setecientos y, en particular, en su incipiente industrialización.

La atenta lectura de la edición francesa de esta obra (y del conjunto de la producción vilariana) y el compromiso político con la izquierda catalana, lo confirmaron definitivamente en el materialismo histórico. Una teoría de la historia que siempre ha utilizado con tiento y mesura, sin determinismos económicos ni estructuralismos paralizantes, al estilo de Pierre Vilar o de Antonio Gramsci, es decir: no olvidando que se trataba de una guía teórica para realizar el oficio de historiador, que no es otro que el de analizar, comparar, comprender y explicar a partir del recurrente diálogo, propio de la ciencia, entre lo fáctico y lo teórico. Para nuestro historiador, el materialismo histórico no ha sido nunca una escolástica, no ha sido nunca una explicación histórica en sí misma, sino un instrumento teórico del que partir y al que contribuir con el objetivo último de aclarar las causas del funcionamiento y cambio de las sociedades históricamente constituidas. Para él no existe historiografía sin teoría, pero tampoco sin los archivos que custodian gran parte del material empírico que debe dar carta de naturaleza a ambas. Para él la historiografía es una ciencia en construcción, que requiere del método científico para conseguir la paulatina formulación de una teoría general sobre el devenir de la condi-

ción humana en sociedad. En su episteme historiográfica los hechos son el elemento imprescindible para la creación, validación, matización o rechazo de las teorías sobre el funcionamiento de modelos sociales concretos en el tiempo y en el espacio o sobre las teorías acerca del comportamiento de los seres humanos en colectividad a través de los siglos. Más adelante volveré con mayor detenimiento sobre esta cuestión epistemológica.

Con la preparación de su tesis doctoral comenzó una larga, densa y fecunda dedicación a la economía marítima hasta llegar a ser un referente internacional en dicha materia. Desde entonces las relaciones del tráfico colonial con la manufactura algodonera, con la industria naviera, con la fabricación del aguardiente, con los seguros marítimos o con la producción agraria, formaron parte de su agenda investigadora. E igualmente merecieron su atención las relaciones comerciales de Cataluña con Andalucía, Lisboa y Malta o bien la reiterada desmitificación de la pretendida exclusión catalana del tráfico indiano anterior a 1778. Y, por supuesto, como tema central y vertebrador de todos los anteriores, actuó su estudio del comercio de Cataluña con las Américas en el marco de la política mercantil borbónica del setecientos.

La primera culminación de sus trabajos sobre la economía marítima catalana fue su tesis doctoral leída en febrero de 1973 ante un tribunal compuesto por Antonio Palomeque Torres, Carlos Seco Serrano, Juan Vilà Valentí, Emili Giralt Raventós y Valentín Vázquez de Prada. Un esfuerzo investigador que vería la luz en 1981 gracias a la joven y renovadora Editorial Crítica. Mucha responsabilidad de que se publicara *Cataluña en la Carrera de Indias* (bello título que se debe a su admirado amigo Antonio-Miguel Bernal) la tuvo su dinámico director Gonzalo Pontón, y no menor fue la responsabilidad del principal asesor científico de dicha editorial, Josep Fontana. Siempre se ha referido al primero como un ejemplo de saber combinar ideología progresista con actitud empresarial, mientras que al segundo siempre lo ha reconocido como uno de los maestros que le ayudó a vislumbrar una nueva historia que bebía del renovador Jaume Vicens Vives y del materialismo histórico no dogmático.

Pero no se limitó a investigar en soledad. Nuestro historiador pronto demostraría su capacidad de liderazgo, su impronta de jefe de filas. Con una dedicación siempre be-

nedictina (a saber, paciente y minuciosa) hacia los investigadores noveles, temprano empezarían a formarse a su alrededor una serie de discípulos que años después han pasado a estar entre lo mejor y principal de nuestra historiografía modernista. Citando ahora únicamente a quienes se dedicaron al comercio debemos mencionar, por orden de lectura de sus tesis doctorales, los nombres de Josep Maria Delgado, José María Oliva, Luis Alonso, Carmelo Vassallo, Juan Carlos Maixé, Agustí Segarra, Assumpta Muset, Eloy Martín Corrales, Joan Giménez Blasco, Manuel Díaz, Marina Alfonso y, por supuesto, de quien esto escribe, que tuvo la enorme fortuna de ser dirigido al alimón por nuestro académico y por Josep Fontana. Creo no exagerar si digo que Carlos Martínez Shaw estableció, de facto primero y de derecho después, un verdadero programa de investigación que ha sido de los más fructíferos que ha tenido la historia moderna española en las últimas décadas. Partiendo de la obra pionera de Vilar, nuestro historiador supo formular la globalidad del programa, ponerse al frente con sus propias investigaciones y animar a otros estudiosos para que anduvieran por la misma senda bajo su docta y animosa dirección. Un programa de investigación en que siempre ha buscado encontrar la verdad histórica por encima de tener la razón con sus propias tesis.

Mientras se hacía más frondosa su producción historiográfica, iba dejando a un lado la militancia política. La democracia llegó, el PSUC se dividió y la compatibilidad entre academia y política cada vez le pareció personalmente más ilusoria. Y como quiera que por carácter y por actitud ética estamos ante un científico más bien poco dotado para la vida política, decidió una vez más hacer caso del maestro Vilar cuando afirmaba que ciencia, política y familia eran muy difíciles de compaginar a pleno rendimiento. Culminada la transición política española, se retiró de una militancia partidista que le parecía incompatible con la dedicación universitaria y con la atención familiar. Siempre había separado ideología y ciencia en su obra historiográfica, ahora se trataba de alejarse de la práctica política activa. Se cumplía así en nuestro personaje la veterana consideración de Max Weber según la cual el ideal platónico del rey filósofo es más bien quimérico, pues la ética del científico y la ética del político no siempre resultan compatibles. Con todo, hasta hoy, el pensamiento genéricamente de izquierdas se ha mantenido incólume en su ideario recalando con el paso del tiempo en los ámbitos del socialismo democrático.

Si en 1981 publicaba su tesis siendo profesor adjunto numerario, en abril de 1984, tras cuatro costosos intentos, conseguiría finalmente la condición de catedrático de Historia Moderna. Primero ganó una plaza en la Universidad de Santander, destino al que no llegó a incorporarse por obtener una comisión de servicios para continuar en su despacho barcelonés. Y dos años después, en mayo de 1986, tras algunos acontecimientos en su departamento universitario que no le resultaron nada agradables, conseguiría por fin ser investido catedrático en su Universidad de Barcelona.

Se cerraba de este modo una etapa de su vida. Una etapa que resultó familiarmente dura, económicamente gravosa y académicamente poco placentera. Una etapa en la que siempre mostró unas excepcionales dotes como oficiante de opositor pero también como compañero de opositores, como bien pueden atestiguar bastantes de los séniors de nuestra comunidad. Sobre sus cualidades intelectuales y humanas en estos menesteres, creo que no me dejará mentir nuestro común y queridísimo amigo Ricardo García Cárcel, con quien compartió buena parte de las peripecias de un sistema opositor que hacía sudar de verdad a los aspirantes y que, desde luego, no estaba exento de algunas irracionalidades.

A pesar de estar sumergido en la cultura y en el tiempo vital del opositor, no dejó de vivir con gran intensidad la política académica de la universidad barcelonesa de aquellos tiempos. A partir de 1982, y durante cuatro años, iba a ocuparse del Vicerrectorado de Ordenación Académica para Escuelas Universitarias en el rectorado del prestigioso filólogo Antoni Maria Badia i Margarit, personaje de soberana estatura humana e intelectual a quien siempre ha profesado gran admiración y cariño. Un rectorado renovador que tuvo por misión poner al día una Universidad de Barcelona que se había edificado en y contra el franquismo, pero que ahora tenía que hacerse en y para la democracia. Ha sido tal vez el cargo académico que ha desempeñado con más ilusión, quizá por la juventud de nuestro historiador, quizá por la novedad del encargo o quizá por la importancia del mismo y el contexto histórico universitario en el que se desarrolló.

Aunque recuerdo vagamente las actuaciones de aquel rectorado, conservo en cambio grata memoria de su incondicional apoyo a las delegaciones universitarias leridanas

que entonces funcionaban: Derecho, Filología y Geografía e Historia. Y, por supuesto, puedo recordar con mayor precisión todavía la tarea de nuestro historiador dando un espaldarazo político definitivo a la construcción de un ente unitario que recuperaría el nombre histórico medieval de Estudi General de Lleida. Carlos Martínez Shaw fue nuestro mentor ante el equipo de Badia y nuestro más creíble avalador de que la propuesta de unificación de delegaciones no entrañaba peligro sino beneficios: nosotros tendríamos más autonomía para desarrollarnos, la Universidad de Barcelona menos problemas para gestionar.

Quiero aprovechar esta ocasión para rendir un merecido homenaje a todos los que hicieron posible ese paso crucial para nuestra universidad. Entre ellos, pienso que es justo y pertinente hacer especial mención de los nombres de Manuel Lladonosa, Víctor Siurana, Juan Manuel Perulles, Román Solà, Emili Junyent, Joan Vilagrassa y el infatigable Virgilio Aranda, quienes tuvieron un papel especialmente destacado en aquel decisivo evento, al cual me gustaría pensar que también pude contribuir. Finalmente, tras múltiples reuniones y negociaciones, y después de ser autorizado por el claustro barcelonés, en el austero pero orgulloso salón de actos del Roser, el vicerrector Martínez Shaw presidiría, en diciembre de 1983, el acto de constitución del Estudi General como delegación unitaria de la Universidad de Barcelona en Lleida. A mi juicio, allí empezó a fraguarse una apasionante y apasionada historia universitaria que, en compañía de los compañeros y las compañeras de Ciencias de la Educación y de Agrónomos, culminó con la creación de la Universitat de Lleida en diciembre de 1991.

Con todo, su paso por el Vicerrectorado no se prolongó excesivamente porque en realidad nuestro historiador siempre ha sufrido en secreto con los cargos académicos, a los que ha accedido más como una obligación moral hacia la comunidad universitaria y la sociedad que por afición y gusto al ejercicio de las responsabilidades políticas y administrativas dentro de la academia. Son funciones que siempre ha asumido con fecha de caducidad y mirando con cierta ansiedad cuando finalizaba la penitencia gestora a la que había llegado por sentido kantiano de la responsabilidad universitaria, por lealtad institucional y por compañerismo. Y también, como él mismo ha confesado en más de una ocasión, porque siempre ha encontrado inestimables colaboradores que

le han acompañado en una labor que, pese a todo, ha acabado realizando con su acostumbrada eficacia. Puesto en la responsabilidad gestora, se enfunda el traje de faena y sabe desplegar sus mejores armas (inteligencia, capacidad de trabajo y organización) para llevar a buen puerto la misión encomendada. Pero todo con un punto de cristiana resignación. Por eso nunca, en medio de este tipo de obligaciones, ha dejado de leer, de investigar y de escribir, acaso como una especie de secreta terapia personal que le ha permitido y permite mantenerse en los cargos.

Tras la aprobación de su cátedra y hallándose en el ejercicio de sus tareas de vicerrector, en 1984 tuvo tiempo para una provechosa estancia en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, estancia que repetiría diez años después y que no sería la única en una universidad extranjera, puesto que centros como Toulouse-Le Mirail, Cagliari, Sassari, Mar del Plata, Quito, Salta o Costa Rica, le han cursado también invitaciones para impartir docencia. Invitaciones que han servido para aumentar su prestigio internacional y su red de relaciones investigadoras y académicas, algo que siempre ha cuidado con esmero, haciendo a su vez de generoso anfitrión en nuestro país de numerosos profesores foráneos, especialmente aquellos que visitaban Barcelona o Sevilla. Su vocación consular respecto a sus amigos y colegas es reconocida y proverbial.

Fue también a principios de los ochenta cuando iba a cambiar de tercio investigador. Sin abandonar una mirada siempre atenta a las novedades referidas al comercio colonial, la pesca española del setecientos iba a convertirse en su nueva principal dedicación. Desde 1980 he tenido la suerte de poder colaborar en algunos de esos estudios, sin duda gracias a un acto de suma generosidad por parte de un maestro hacia un discípulo que apenas balbuceaba sus primeros pasos en el oficio de historiador, un discípulo que de este modo tuvo la suerte de aprender a su lado las maneras básicas de la bella pero compleja tarea de reconstruir el pasado.

Las razones de esta nueva dedicación temática dentro de la economía marítima eran muy obvias: la pesca era una actividad económica y social casi desconocida para nuestros estudiosos, una verdadera Cenicienta historiográfica en un país con centenares de kilómetros de costas, con miles de personas dedicadas a sus diversas faenas y con una

mayoritaria población católica obligada a guardar el precepto de la abstinencia cuaresmal. Desde entonces han pasado por sus manos investigadoras la instauración de la matrícula de mar, los diversos artes de pesca (especialmente los *bous* y las almadrabas), la cuantificación de barcos y pescadores, las compañías de pesca, el pensamiento ilustrado hacia las pesquerías o la expansión de los fomentadores catalanes por las costas de la Península. No creo que nadie discuta que es nuestro mejor especialista en estos menesteres y desde luego un verdadero pionero que ha sabido además crear escuela inspirando o dirigiendo numerosas investigaciones como las de Luis Alonso, Juan Manuel Santana o Andrés Canoura.

Fue también en la segunda mitad de los años ochenta cuando viviría en Barcelona una de sus más apasionantes y apasionadas experiencias académicas y personales. Me estoy refiriendo al Centre d'Estudis d'Història Moderna Pierre Vilar. Ya he dicho antes que Vilar era una referencia obligada para nuestro investigador, como también lo fue para el resto de la historiografía catalana y española. En 1985 se celebró en el Estudi General de Lleida un homenaje que fue sin duda un acontecimiento cultural en la ciudad y que tuvo también fecundas repercusiones en el mundo académico, logrando reunir a una pléyade de historiadores que con el paso del tiempo han alcanzado las más altas cotas académicas, incluidos los rectorados de varias universidades.

Pues bien, creo no errar si digo que en aquellas inolvidables jornadas tuvieron lugar las conversaciones que fueron el germen de lo que un año después sería la fundación del Centre. A partir de 1986, la misma anualidad en que recibía ilusionado el Premio Menéndez Pelayo del Institut d'Estudis Catalans, nuestro académico se convertirá durante una década en el *alma mater* de una institución que deseaba contribuir a revitalizar la historia moderna catalana y española fomentando la investigación y la divulgación desde fuera de los canales universitarios pero en fecunda colaboración con ellos. Se pretendía que quienes sentían interés por la historia moderna pero no tenían cabida en la vida universitaria, pudieran continuar con su vocación investigadora en contacto con quienes estábamos insertos en la academia. Se trataba de hibridarnos, de practicar una especie de horizontalismo en el que todos éramos lo mismo: modernistas de raíz vilariana. Modernistas que podían ser profesores de universidad o funcionarios de la

Generalitat, empleados de museos o administrativos, doctorandos o recién licenciados en paro. Era, como puede apreciarse, una hermosa empresa que duró al menos una década; una empresa de la que algunos guardamos una recurrente nostalgia.

Desde luego que no estuvo solo en esta tarea. Es imposible citar a todos los que invirtieron esperanzas y dedicación en aquella romántica apuesta extrauniversitaria que supo aportar importantes frutos historiográficos. Con todo, me parece obligado hacer referencia a Ricardo García Cárcel, el otro gran capitán que nunca abandonó la nave. Y desde luego al generoso y abnegado voluntariado de compañeros y amigos entrañables como Olga López, Montserrat Ventura, Isabel Lobato, Magda Mirabet, Dolors Ricart, Xavier Padrós, Eloy Martín Corrales, Javier Burgos, Manuel Peña, Doris Moreno, Pedro Fatjó, Gemma García o Martí Gelabertó.

El Centre resultó fecundo en intercambio humano, en actividades culturales, en relaciones intelectuales, en fomentar la investigación, en divulgar la historia moderna y, más modestamente, supo también proporcionar infraestructuras a los estudiosos e impulsar algunas publicaciones. Pero no tuvo la aquiescencia de una parte del modernismo catalán. Es posible que unos lo vieran como demasiado inclinado a posiciones progresistas (léase marxistas) y otros como el dominio de historiadores que claramente no se alineaban con las posiciones del nacionalismo catalán, y puede incluso que algunos pensarán que eran otros quienes deberían haber tomado la iniciativa de honrar a Vilar con el nombre de un centro de investigaciones históricas.

Como fuere, el Centre funcionó merced al entusiasmado y voluntarioso esfuerzo de Martínez Shaw y también en buena parte de Ricardo García Cárcel. Un desprendido compromiso sostenido por algunos discípulos de ambos, quienes mostraron un gran altruismo durante una larga década de activismo. En cambio, en general, las instituciones catalanas le dieron la espalda en bastantes ocasiones. Con una salvedad, la de Ferran Mascarell, responsable de cultura del Ayuntamiento de Barcelona, con quien Martínez Shaw había coincidido antaño en la hermosa aventura de la fundación de la revista *L'Avenç*, dedicada a la divulgación de la historia de Cataluña, y del que siempre guardaría nuestro historiador un grato y agradecido recuerdo.

Cuando todo hacía pensar que Barcelona sería su última morada académica, la Universidad Nacional de Educación a Distancia se puso ante su destino en 1994. Fallecido en trágico accidente de tráfico el profesor Miguel Avilés, titular de la cátedra de Historia Moderna de aquella universidad, el medievalista José Luis Martín, a la sazón jefe del Departamento, se puso en contacto con nuestro historiador para que optara a ocuparla. No era desde luego una decisión fácil después de estar nada menos que veintisiete años ejerciendo en la capital catalana y haber visto, como quien dice, nacer y crecer a su departamento de toda la vida, el mismo en el que tantas cosas buenas había vivido y en el que también tuvo, en el fragor del crecimiento académico de los años setenta y ochenta, algunas disensiones que nunca hizo personales y de las que no guarda nociva memoria.

Las razones de su opción por integrarse en una universidad con docencia a distancia cabe situarlas esencialmente en el terreno de lo personal. Las particulares condiciones de la UNED le permitían tornar a Sevilla, lo que representaba la vuelta al hogar paterno donde una madre viuda y de salud delicada requería sus auxilios. Así que, cuando a buen seguro ya pensaba que el tiempo de las oposiciones había pasado, tuvo que volver a emprender otra vez la tarea de elaborar un currículum, un programa docente y un nuevo trabajo de investigación, tuvo que ponerse de nuevo el traje azul y la corbata roja ante un tribunal para poder acceder a la plaza madrileña.

Incorporado a la UNED, ha actuado y actúa como ha sido y es tradicional en su vida académica. A saber: queriendo dinamizar las inquietudes del área de Historia Moderna. Primero lo hizo en el entorno más inmediato de los profesores del ámbito modernista, procurando la renovación de los programas y organizando por vez primera diversos cursos de verano. En esta tarea ha estado siempre muy bien acompañado por los profesores Juan Antonio Sánchez Belén y José María Iñurritegui. Después, ante la obligada dimisión por cuestiones de salud de José Luis Martín, entre 1997 y 2002 le cupo la responsabilidad de dirigir el extenso y complejo Departamento de Historia Medieval, Historia Moderna y Ciencias y Técnicas Historiográficas. En enero de 2008 el rector Juan Gimeno le confiaba la gestión política de la UNED de Cataluña nombrándolo primero comisionado del rector y director del Centro de Terrassa y después director del Campus del Noreste (es decir, Cataluña y Baleares), disposición que le ha permitido una

segunda época catalana que admite llevar a veces con una irreprimible nostalgia hacia la primera. En definitiva, en su nueva institución también ha ido ocupando sucesivas responsabilidades de gobierno al tiempo que no se está de confesar que es un tipo de universidad de la que ha ido enamorándose de manera paulatina, al comprobar la tarea social que realiza con aquellas personas que por diversas razones no pueden seguir una regular docencia presencial.

Como ocurre a menudo en la vida académica, sin dejar sus estudios consagrados a la economía marítima, se vio envuelto en una serie de encargos editoriales que acabarían por producir importantes libros. Una primera encomienda de Jordi Nadal y del Archivo de Indianos y Centro de Estudios de la Emigración ubicado en Colombres (Asturias), le condujo a un tema sobre el que se sabían bastantes cosas gracias a importantes monografías, pero sobre el que estábamos faltos de una visión de conjunto que ofreciese una interpretación global del fenómeno. Esto último nos lo facilitó su obra *La emigración española a América, 1492-1824*, editada por la Editorial Júcar en 1993.

En 1996 aparecían dos importantes síntesis que recogían el compendio de saberes obtenidos sobre dos mundos bien diferentes. La primera procedía de un encargo de la dinámica factoría de la revista *Historia 16* y se refería a un universo temático que nuestro estudioso ha ido dominando cada vez con mayor pericia. Su libro *El siglo de las Luces. Las bases intelectuales del reformismo*, mostraba bien a las claras que una persona educada en la historia económica reconocía la importancia de la historia del pensamiento y la cultura, siendo capaz de elaborar, con una meridiana claridad expositiva, una visión holística de la Ilustración española y americana que todavía se encuentra entre las mejores de su género gracias a su gran capacidad interpretativa. Una visión que iba a ampliar con maestría cinco años después a todo el conjunto europeo mediante una obra escrita con la profesora Marina Alfonso, y que fue publicada por la editorial Arlanza con el título de *La Ilustración*.

La segunda síntesis fue *La Historia moderna de Asia*, encomendada y publicada por la editorial Arcolibros en 1996. Con esta magnífica panorámica del complejo universo asiático, nuestro versátil investigador dejaba constancia de su enciclopedismo, de su amplitud

de miras en cuanto a las geografías de la historia y de su progresiva aproximación a las culturas del Extremo Oriente, que tendría una segunda cita en la obra *Europa y los nuevos mundos, siglos XVI-XVII*, editada en 1999 por la editorial Síntesis. Acercamiento que ha quedado bien patente también en sus asiduas reseñas sobre la historia moderna y la literatura asiáticas publicadas en *El País* y en *El Periódico de Catalunya*.

La paulatina inclinación por el conocimiento de esos espacios no europeos muestra claramente uno de los rasgos fundamentales de nuestro historiador: la insaciable curiosidad intelectual de su mirada renacentista sobre los seres humanos. Y también una apuesta historiográfica ecuménica, que no admite marginar de la historia universal a grandes pueblos como el indio, el chino o el japonés. Estas obras dejan diáfana constancia de su posición crítica frente a cualquier tipo de europocentrismo y su visión decididamente universalista de la historia de la humanidad, así como de la necesaria anchura de miras, espacial y temporal, con que debe contemplarla el historiador.

El último de los encargos editoriales provino de mi propia persona. Se trataba de escribir una nueva biografía de Felipe V para la colección de *Historia de los Borbones* editada por Arlanza a partir de 2001. Una obra cuya autoría compartiría nuevamente con Marina Alfonso, y que vino a ser la primera de una fecunda dedicación a la figura del primer Borbón que ambos autores extenderían luego a sucesivas aportaciones sobre la guerra de Sucesión, la política indiana del monarca, los elogios que se le realizaron en tiempos de su hijo Carlos III, su larga estancia en Sevilla o la cultura política del soberano.

En esencia, el paradigma interpretativo de ambos autores sobre Felipe V se centra en considerar que su reinado representó la base pionera del reformismo español de la centuria, que durante su gobierno ya existió un programa de reformas en los diversos órdenes de la vida nacional y que, en buena medida, puso los cimientos sobre los que se edificaron las medidas emprendidas posteriormente por sus hijos Fernando VI y Carlos III. Fue la apuesta española por un sistema político que en la mayoría de los países europeos iba a ser la moneda corriente durante el setecientos. A saber: el absolutismo reformista de matriz ilustrada como forma y manera para conseguir el progreso y modernización de la vida económica, social y cultural. Una fórmula que, con desigual fortuna durante

la centuria, solo Inglaterra y Holanda esquivaron. Felipe V no fue, pues, simplemente un prerreformista, sino el padre de la reforma que tendría lugar en España durante el siglo XVIII, una reforma con pretensiones holísticas que, al decir de los dos historiadores, cosecharía indudables logros y evidentes fracasos respecto a sus propias pretensiones.

Instalado en Sevilla, asentado en la UNED y afincado en la tranquilidad familiar con su compañera de vida y profesión Marina Alfonso, nuestro historiador ha seguido trabajando y viajando de manera infatigable como siempre lo ha hecho: a modo de trotamundos de la Ilustración en busca de conocimiento y sabiduría a través de los libros y de los países. En sus más recientes esfuerzos ha continuado combinando sus obligaciones docentes, sus diversas labores divulgativas y sus tareas de dirección de investigadores con una miscelánea de contribuciones a sus temáticas habituales. En cuanto a su periplo investigador no podemos darlo por cerrado a pesar de los seis sexenios de investigación alcanzados, pues en la noble y delicada tarea de historiar, otros eximios maestros, como sus siempre admirados Pierre Vilar o Antonio Domínguez Ortiz, han mostrado bien a las claras que longevidad no significa necesariamente pérdida de vitalidad intelectual, bien al contrario, representa mayor experiencia sobre el oficio y sobre la condición humana, dos valores imprescindibles para el buen historiar. Y creo no equivocarme si digo que Carlos Martínez Shaw está con el alma investigadora suficientemente inquieta como para que siga proporcionando nuevos conocimientos históricos a nuestra comunidad de modernistas.

Prueba de ello es que ha incorporado en progresivo aumento sus aportaciones dedicadas a la historia de la tauromaquia, un fenómeno social que ha acompañado sin interrupción, y a menudo de forma polémica, gran parte del devenir de la historia de España. En este caso, junto a Pedro Romero de Solís, debemos mencionar su destacada tarea en la edición de la prestigiosa *Revista de Estudios Taurinos* y en la Fundación de Estudios Taurinos de la Real Maestranza de Sevilla, instituciones ambas en las que ha formado parte de sus impulsores y en las que desempeña actualmente las veces de director y presidente, respectivamente. Además de estas tareas directivas, se ha ocupado de analizar diversos temas taurinos, referidos especialmente al setecientos, como son la favorable opinión acerca de la tauromaquia de insignes pensadores como Antonio de Capmany,

la situación de la fiesta en tiempos de Felipe V o las celebraciones taurinas en la ciudad de Quito en dicha centuria.

Asimismo, ha ido dedicando una paulatina atención a la presencia hispana en el Pacífico en la medida en que considera que ayudó a la trascendental mundialización de los tiempos modernos gracias al establecimiento de la ruta de la plata entre México, Filipinas y China. Una progresiva aplicación en estos menesteres plasmada en el hecho de que el tema de su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, en 2007, haya permitido una pionera publicación titulada *El sistema comercial español del Pacífico (1765-1820)*. Una Real Academia a la que, por cierto, ya pertenecía desde 2001 como académico correspondiente, de la que se siente orgulloso de formar parte y con la que colabora disciplinadamente en todas las funciones que le encomienda la institución presidida por don Gonzalo Anes. Igualmente, siempre ha mostrado una gran satisfacción por ser miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia de la República Argentina desde el año 2000 y también de la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz a partir de 2008. Nombramientos, todos ellos, que son una buena prueba de su creciente consideración académica entre los historiadores modernistas.

III

Expuesto de manera sucinta el periplo vital y académico de nuestro historiador hasta la fecha, creo que no es difícil colegir que estamos ante un personaje que ha sabido encarnar la esencial tríada universitaria (docencia, investigación, gestión) de una manera admirable. En efecto, como hemos podido apreciar, Carlos Martínez Shaw es sobre todo un gran docente. A caso se trate su pasión por enseñar de su más preclara condición como universitario pero también como ciudadano, de una peculiaridad casi innata de su carácter. Le gusta ante todo enseñar, dar a los demás lo que sabe, aquello que su insaciable curiosidad intelectual, rasgo hiperdistintivo de su personalidad, le ha llevado a conocer y atesorar. Es un contumaz lector en busca de poder saciar de conocimientos las preguntas que la vida le va poniendo delante. Preguntas de todo tipo y condición: de biología o de física, de literatura asiática o de ateísmo, de cine francés o de esculturas egipcias. Tanto da: quiere saber las cosas del mundo por el mero placer de saber más,

de conocer mejor la realidad, de no irse de la vida sin haberse deleitado con el enorme placer de leer a quien sabe de las cosas que le intrigan. Es un curioso impenitente que lee de forma ávida y hasta compulsiva para satisfacer su sed de conocer. En realidad, bien puedo asegurar que no hay tarea intelectual que le permita mayor felicidad que leer.

Y con su ancha memoria ya comentada y con sus dotes seductoras, tiene la necesidad casi fisiológica de enseñarnos todo lo que ha aprendido en sus lecturas y en sus investigaciones: es un gran docente porque tiene la perentoria necesidad vital de serlo. De explicar lo que sabe ante un solo comensal en una comida, ante un grupo de amigos paseando por cualquier ciudad del mundo, visitando un museo, tras asistir a una película, en sus artículos de divulgación, ante un docto auditorio de profesores de historia o ante unas decenas de alumnos sentados en sus pupitres. Necesita enseñar, transmitir conocimientos y entusiasmar a los demás a vivir la vida aprendiendo. Invita siempre al otro a saber más, a ser feliz sabiendo más. Desde sus primeras clases de política internacional o de cultura contemporánea en la Escuela Oficial de Periodismo en 1967, hace de la docencia una fiesta del saber para sí mismo y para los demás. Docencia para hacer ciudadanos libres, docencia para generar buenos docentes, docencia para crear rigurosos investigadores. Solo por su pertinaz, apasionada y eficaz dedicación a enseñar historia allí donde se encuentre, merece el reconocimiento que le tributamos.

La historia ha ocupado el primer lugar entre los saberes que nuestro nuevo doctor *Honoris Causa* ha querido transmitir desde los veintitrés años. Eso es lo que precisamente ha hecho en las últimas cuatro décadas: ponerse delante de los estudiantes para enseñarles historia moderna impartiendo dieciocho asignaturas universitarias y treinta cursos monográficos en diversas universidades e instituciones culturales a lo largo de una dilatada trayectoria académica vivida en cuatro categorías docentes.

Y lo ha hecho siempre con un método tradicional que hoy parece no estar en boga entre algunos psicopedagogos. A ese método tradicional se le llama clase magistral, calificativo que a veces se utiliza de forma peyorativa y que Calos Martínez Shaw demuestra de manera paradigmática que es una de las formas básicas para el aprendizaje de nuestros estudiantes. Bien sabemos que a veces se ningunea la clase magistral con-

siderándola una especie de antigualla que practican algunos profesores y profesoras que al parecer solo saben acudir a sus apuntes amarillos y a la oratoria repetitiva. Pues bien, ante tales argumentos descalificadores solo debemos preguntar a los estudiantes de Carlos Martínez Shaw si sus clases magistrales no son estimulantes, no les hacen crecer intelectual y humanamente, no les permiten aprender a pensar la historia y la vida. O si quieren pregúntenmelo a mi, o a muchos de los colegas que han pasado por sus clases, y les diremos con orgullo que con él aprendimos habilidades, destrezas y competencias, que con él aprendimos a pensar la historia, a amar la historiografía, a comprender los mecanismos del funcionamiento y cambio de las sociedades humanas. Lo aprendimos cuando un día tras otro se ponía ante nosotros con apenas algunas cuartillas, deambulando por el estrado, mirándonos a los ojos, sabiendo muchos de nuestros nombres y mostrando en cada clase entusiasmo por saber, amor por la sana erudición y compromiso con la sistematicidad, el pensamiento lógico, el rigor analítico, la elegante utilización del lenguaje y con el racionalismo crítico. Es posible que algunos colegas piensen que exagero un tanto en lo que voy a decir, pero en lo referente a las clases de historia, yo me daría con un canto en los dientes si todos supiéramos dictar las clases magistrales como nuestro historiador las ha impartido (y las imparte) a lo largo de su vida universitaria.

No quiero hacer extensivo este razonamiento a todo tipo de materia universitaria, pero en aquellas que tienen que ver con la condición humana en sociedad, lo digo alto y claro: Carlos Martínez Shaw es un ejemplo palmario de la radical modernidad de la clase magistral cuando ésta se convierte en un universo creativo en el que un docente-investigador da a sus alumnos las reflexiones que su propia ciencia adquirida le impele a ofrecer. La podremos acompañar con otros métodos, con otras estrategias, con nuevas tecnologías, pero el cruce de pensamientos, diálogos y gestos entre el profesor y el alumno en el marco de un mismo espacio presencial compartido para practicar el racionalismo crítico, pienso que siempre resultará beneficioso.

Pero también hemos podido comprobar que Carlos Martínez Shaw es un investigador de primera línea internacional. Tal vez no sea la investigación su vocación primera, pero desde su temprano compromiso con ella gracias a su tesis de licenciatura, ha demos-

trado que su innata curiosidad, su inexorable compromiso con lo social, las obligaciones académicas y sus cualidades intelectuales le condujeron sin remedio a la creación de conocimiento nuevo de la realidad, en su caso de la realidad histórica. Y desde aquel entonces ha frecuentado los más variados archivos y bibliotecas para meterse entre papeles viejos a ver qué podía decirle a sus contemporáneos sobre cómo hemos edificado las sociedades y cómo deberíamos mejorar en el ejercicio de hacer una humanidad más civilizada, justa y solidaria.

Es probable que empezara a investigar porque a ello le condujo su propia trayectoria académica. Con un brillantísimo expediente, era casi inevitable que intentara situarse en la vida universitaria realizando su tesis de licenciatura, y una vez incorporado como ayudante a la Universitat de Barcelona era también lógico que la propia dinámica profesional le llevara a redactar su tesis doctoral. Pero estas obligaciones académicas pronto se convirtieron, para el curioso incorregible que es, en un reto en sí mismo, en un desafío para llevar al puerto del saber lo que había pasado realmente con la economía catalana, con la actividad pesquera, con el comercio español en el mundo asiático o con el reinado de Felipe V. Todo ello en un siglo al que ha dedicado su tarea investigadora casi por completo y que ha acabado modelando, en cierta medida, parte de su propio ideario ético y político, de sus propias formas de pensar la realidad: la centuria de la razón, el siglo de las luces. Una centuria que siempre ha contemplado de forma ecuménica, escala planetaria, desde el territorio particular de la monarquía hispánica cuando todavía era un extenso imperio que facilitaba de suyo la mundialización de la humanidad.

Por decirlo de alguna manera, Carlos Martínez Shaw "nació" enseñante y se "hizo" historiador dentro de la vida universitaria, por exigencias del guión primero y por progresiva vocación después. Y se ha convertido por derecho propio en uno de los grandes séniors de la historia moderna española, en un referente modernista en toda España y en todo el mundo, en uno de los mejores especialistas internacionales requerido en los cuatro puntos cardinales del planeta para mostrar sus conocimientos sobre la economía marítima en el siglo XVIII y, más particularmente, acerca del comercio hispanoamericano y de las artes de pesca. Como prueba evidente de lo antedicho, recuérdense las múltiples

invitaciones a impartir cursos y seminarios en universidades de todos los continentes cuyo detalle sería prolijo exponer ahora aquí.

Carlos Martínez Shaw pertenece a esa meritoria especie de renovadores que han situado la historia moderna catalana y española a la altura de las mejores historiografías internacionales. Es de esos historiadores modernistas que a fuerza de trabajo y de constante preparación han ido conformando una comunidad de investigadores de la que todos debemos sentirnos orgullosos. Pertenece a la generación que ha permitido que digamos que somos historiadores modernistas españoles con el orgullo de saber que estamos en la misma sintonía de calidad investigadora que cualquier modernista de las mejores universidades del mundo. Por eso me gustaría que en este reconocimiento se vieran igualmente incluidos una pléyade de magníficos compañeros y compañeras, cuyos nombres prefiero no enumerar para no cometer ningún imperdonable olvido.

Estamos, pues, ante uno de los grandes modernistas españoles y europeos por su abundante y rica producción científica, por la novedad de los temas estudiados en el momento en que comenzó a hacerlo, por la variedad de los ámbitos geográficos de los que se ha ocupado con una perspectiva global y planetaria, por el rigor de sus planteamientos teóricos y epistemológicos y, por último, por la sabia consecución de una erudición eficaz puesta al servicio de una ponderada interpretación no ideologizada del pasado.

Las investigaciones históricas de Carlos Martínez Shaw han tenido desde su primera realización un mismo sello, procedente de su propio talento intelectual preciso y riguroso y aprendido de sus grandes maestros Pierre Vilar, Jaume Vicens Vives y Antonio Domínguez Ortiz. Su ideario como historiador reza del siguiente tenor. La historiografía no es una ciencia fría pero es sobre todo una ciencia. Una ciencia que no debe sucumbir a la ideología, ni a la presión de las interpretaciones presentistas y anacrónicas de los políticos o los pensadores de nuestro presente. La historiografía es una ciencia que se dedica a fabricar un producto intelectual llamado historia, que tiene de suyo intentar ofrecer un conocimiento, lo más objetivo posible que los testimonios nos permitan, del funcionamiento y cambio de las sociedades pasadas. Y eso se consigue con el método científico, a saber, con la permanente combinación entre las hipótesis creadas a

través de una determinada teoría de la historia y el abigarrado universo empírico que nos ofrecen los testimonios que el pasado nos ha legado en forma de documentos o cualquier otra manifestación susceptible de ser convertida en material de verificación positiva de nuestras hipótesis.

Creo poder afirmar que esta es la manera en que ha practicado la disciplina histórica a lo largo de su dilatada trayectoria. Con el método científico de corte hempeliano, con el materialismo histórico como teoría histórica general no dogmática y con la rigurosa verificación empírica de cualquier afirmación interpretativa sobre la realidad histórica. No es que ignore la difícil meta que es conseguir la anhelada objetividad, es que sabe que cuando la misma deja de ser una finalidad explícita y respetada por el investigador, la historiografía tiene los días contados.

Carlos Martínez Shaw es un ciudadano progresista, un ciudadano ideológicamente de izquierdas como él mismo gusta recordar, pero es un ciudadano que sabe que la mejor contribución a la sociedad que puede hacer como historiador es cumplir y hacer cumplir el juramento hipocrático de buscar el conocimiento objetivo de la realidad pasada. Y eso piensa que debe ser así tanto si se estudia el aparentemente más aséptico tema del comercio colonial o la pesca, como si se analiza el más claramente ideologizable asunto del reinado de Felipe V y sus relaciones con Cataluña. No es que ausente su opinión sobre lo que para él representa el progreso humano, sino que sostiene la idea central de que aquello que más sirve para conseguirlo es precisamente conocer objetivamente la realidad a través del saber que nos ofrece la ciencia moderna, incluyendo en ella, claro está, a la historiografía. Creo no errar demasiado si digo que la forma y manera en que ha conseguido levantar sus interpretaciones sobre el setecientos catalán y español permitirá que las mismas sobrevivan muchos años. Igual que acontece con sus admirados maestros, cuyas obras, siendo revisables a la luz de nuevos hallazgos o nuevas ideas, continúan como obligadas referencias para cualquier investigador.

Esta tarea de investigador plasmada en nueve libros y en una cincuentena larga de artículos de primer orden y gran influencia que el propio autor califica de monográficos, se ha visto acompañada por una labor de síntesis y divulgación que es santo y seña de

su personalidad y su contribución intelectual, una producción que alcanza a su vez la significativa cifra de más de ciento sesenta publicaciones. Una vasta producción académica que, en algunos casos, ha efectuado en la excelente compañía de la profesora Marina Alfonso Mola.

En sus trabajos de síntesis en capítulos de libro, revistas especializadas u opúsculos, demuestra que el historiador se hace en las realidades concretas que muestran los archivos, pero también armando la visión holística de las realidades globales que estudia la historiografía. Ha hecho de sus síntesis un prodigio de capacidad interpretativa y generalizadora. Cuando leemos sus compendios sobre historia de Cataluña, España, Europa o Asia en el siglo XVIII, no solo encontramos una inteligente recopilación de lo último que se sabe, sino sobre todo una mirada global de esas realidades setecentistas, una interpretación que permite abrir pioneros frentes investigadores y formular nuevas preguntas que fomentan estudios novedosos. En sus trabajos de investigación o de síntesis hay la erudición justa y conveniente, pero siempre preñada de una interpretación histórica ecuánime. Sabe estar al mismo tiempo en el solar del archivo y en la cima de la ponderación globalizadora. Y con el paso de los años, esta difícil combinatoria cada vez la ha practicado con mayor eficacia y maestría.

De igual modo ha ido acrecentando algo que siempre ha estado en su particular acervo de cómo entender el oficio de historiador: la comunicación al gran público del conocimiento histórico conseguido por la academia. Una transmisión que ha realizado con eficiencia y pericia en un deliberado intento de situar la ciencia histórica de manera amable y amena en el salón de estar de los españoles. Para ello, en ninguna etapa de su vida universitaria ha dejado de colaborar con revistas dedicadas a estos menesteres. Primero con la pionera *Historia y Vida*, dirigida por el bondadoso y culto Edmon Vallès, y que tanto le ayudó a sustentarse en época de juventud y vacas flacas. Luego de la mano de su admirado Ferran Mascarell en su querida *s*. Y en la actualidad con *Andalucía en la Historia* y, sobre todo, con *Descubrir el Arte* y *La Aventura de la Historia*, admirables creaciones de quienes en su día levantaron la no menos mítica *Historia 16*, es decir, David Solar, Asunción Doménech y Javier Villalba. Les invito a que lean en estas revistas sus breves pero sugerentes y espléndidos artículos de divulgación para comprobar

que la historia es tan o más apasionante que la novela histórica y, por supuesto, más instructiva y fiable.

Esta transferencia de conocimientos, según nomenclatura actual, es la que ha motivado igualmente que escribiera decenas de reseñas en las más variadas publicaciones de historia y en numerosos diarios de alcance estatal, que por encargo del Ministerio de Cultura se convirtiese en el asesor histórico de la película *1492. La Conquista del Paraíso*, de Ridley Scott, y, posteriormente, por iniciativa privada, de *Juana la Loca*, de Vicente Aranda, y que, en los últimos años, haya tenido en el comisariado de siete importantes exposiciones de arte e historia, siempre compartidas con Marina Alfonso, otra de sus particulares expresiones divulgativas como didacta de la historia, acompañadas todas ellas por la edición de impecables catálogos que son verdaderas piezas maestras del género, en los que la letra impresa y la imagen dialogan con gran precisión, belleza e inteligencia. En suma, su centenar y medio de publicaciones de síntesis y divulgación, sus exposiciones, su asesoramiento a cineastas o sus múltiples reseñas, dejan bien a las claras una palmaria realidad: la difusión al gran público de los conocimientos adquiridos por la ciencia historiográfica ha sido uno de los pilares fundamentales de su tarea profesional.

Y buscando igualmente la divulgación de lo histórico, ha sido y sigue siendo un perseverante dinamizador historiográfico. Esta es una labor que ha realizado desde el mismo momento en que consiguió su doctorado en los años setenta. A lo largo de su vida universitaria ha colaborado en la organización de una treintena de actividades académicas en torno a diferentes temas históricos, ha impartido otra treintena de cursos y seminarios en universidades españolas y extranjeras, ha formado parte de diversas comisiones internacionales (incluyendo algunas dependientes de la UNESCO), ha participado y participa en el consejo científico de una veintena de revistas de investigación y divulgación histórica, es miembro de la Asociación de Historia Moderna y, finalmente, ha sido solicitado para prologar una treintena de obras referidas especialmente a la centuria ilustrada y a los temas relacionados con la economía marítima.

Toda su obra de investigación, síntesis y divulgación ha mimando algo que resulta esencial para conformar un buen historiador. Me refiero a la literatura. No es que para

nuestro investigador la historiografía sea literatura, pues rechazando posiciones posmodernas radicales la considera una verdadera ciencia. Pero eso sí: una ciencia que debe perseguir comunicar con facilidad y hacerlo mediante la belleza proporcionada por el arte de la literatura. Carlos Martínez Shaw hace buena literatura de investigación, buena literatura histórica. Sus escritos son de lectura fácil, lógicos, equilibrados, armónicos, simétricos, racionalistas, con un empleo siempre certero y riguroso de los conceptos y los términos y con una sobria administración de los calificativos. Hay investigadores que buscan epatar con su literatura, nuestro historiador busca que se le entienda a la primera, que el lector no deba realizar segundas o terceras lecturas. Y eso lo consigue tanto en sus libros de investigación, menos adecuados objetivamente para ello, como en sus artículos de divulgación. Hay una música particular y fácilmente identificable en su escritura histórica y es la que corresponde a una partitura que ha alcanzado el difícil logro de la claridad elegante. Con un ánimo siempre perfeccionista, su escritura ha alcanzado la meta, tan compleja y preciada a la vez, de la belleza a través de la sencillez.

IV

Pero no sería procedente acabar este somero, modesto y sencillo recordatorio de la obra de Carlos Martínez Shaw sin resaltar que uno de sus grandes logros y herencias es su impagable tarea de hacedor de historiadores. Expongamos algunas cifras. En la actividad investigadora ha coordinado siete proyectos financiados por entidades públicas que han aglutinado a decenas de investigadores *sénior* y *junior*, ha dirigido treinta y cinco tesis de licenciatura, treinta y una tesis doctorales y más de una veintena de diplomas de estudios avanzados, estando la inmensa mayoría de esta tarea vinculada a las cuestiones de economía marítima y siguiendo con ello su veterano y fecundo programa de investigación.

Y cuando hablo de dirigir me refiero a que su tutela comienza el primer día de archivo y acaba cuando encuadernas el resultado final de tu investigación. Capítulo a capítulo, línea a línea, nota a nota, sus correcciones son una auténtica lección de historiografía, de precisa y diáfana literatura y, por supuesto, de callada generosidad. No creo que nadie de los que hemos estado en estas lides con él pueda desmentir lo que acabo de afirmar.

Ni que nadie pueda olvidar fácilmente la resuelta disponibilidad del lápiz corrector de nuestro historiador. Su corrección rigurosa y exhaustiva está siempre dispuesta a mejorar tu texto como si fuera propio. Martínez Shaw te entusiasma en la clase, te recibe en su despacho, selecciona contigo el tema de investigación, te acompaña a los archivos, te da la bibliografía, te corrige el texto, convoca al tribunal, organiza la lectura de la tesina o la tesis, te repasa su defensa pública y te dice cómo debes tratar a cada uno de los miembros de la comisión evaluadora.

Todos los que hemos tenido la suerte de tenerlo como director sabemos de la generosidad que derrocha en esta tarea, de su puntillismo literario, de su actualizado conocimiento bibliográfico, de las múltiples sugerencias interpretativas que efectúa y de los magníficos acompañamientos psicológicos que realiza en el siempre delicado tránsito de aprendiz a oficial de historiador. Es un director exigente pero generoso, que termina siendo amigo entrañable de unos discípulos a los que impulsa a mayores cotas, que acaban teniendo una fecunda relación con la investigación y de los que siempre se siente orgulloso, incluso en el caso de quien pudiere tener la tentación de ser algo tacaño en reconocer la entregada labor de un maestro que nunca ha pedido ningún tipo de vasallaje a cambio.

Carlos Martínez Shaw, más que con estudiantes, se relaciona con alumnos que se convierten en discípulos con quienes consigue crear complicidades intelectuales y personales. Él no solo instruye al alumno, sino que también lo forma en el espíritu del racionalismo crítico. Y eso lo hace por la sencilla razón de que siempre nos ha enseñado que el alumno es el bien máspreciado de la universidad, la razón última de nuestros desvelos. Lo fue en su primer día de clase y lo fue también la semana pasada cuando puso sus últimas cualificaciones. Creo que puede afirmarse que todos los que hemos pasado por su dirección intelectual hemos forjado una gran admiración y un gran agradecimiento. Eso es lo que es para muchos de sus colegas investigadores: un amigo maestro que ha sabido crear con inteligencia, entrega y bondad un semillero de discípulos que están repartidos por las universidades españolas, por los institutos de secundaria o por las empresas e instituciones culturales promocionando el buen conocimiento de la historia. Esa es, precisamente, la característica esencial del maestro Martínez Shaw: la entrega

bondadosa e inteligente a sus instituciones académicas, a sus creencias políticas, a sus alumnos, a sus discípulos, a sus amigos y a sus familiares.

Creo no exagerar si afirmo que estamos ante un señorero universitario de gran inteligencia e incansable capacidad de trabajo enteramente aplicadas a la vida académica. Una persona vitalista, afable, dialogante, comprensiva y de pocos juicios de valor. Una persona sabia, de acusada sensibilidad artística, independencia de criterio, generosa maestría para sus discípulos y gran amigo de sus amigos. Una persona que siempre ha practicado la entrega a las mejores causas y a los demás, haciendo de ello su mayor cualidad y la más suprema forma de sabiduría.

Creo no exagerar si afirmo que estamos ante un universitario que ha hecho de su vida una docta dedicación creativa a la historiografía como una disciplina que ha contemplado como una ciencia en construcción, dedicada a conocer, comprender y explicar el funcionamiento y cambio de las sociedades con el objetivo político último de favorecer el progreso civilizatorio de los seres humanos. Y en esa noble tarea ha sabido siempre donde estaba su contribución social más importante: en elaborar un conocimiento objetivo del pasado para ofrecérselo a la ciudadanía del presente y del futuro. Ha hecho del lema machadiano de que “la verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero”, su propio lema en la vida académica y, acaso, en su propio proyecto vital. Si hubiese vivido en el siglo de las luces, a buen seguro que habría sido un ilustrado en busca del conocimiento objetivo de la realidad para transformarla en un sentido progresista. Quizá por eso siempre he pensado que atesora el sentido crítico de un Voltaire, el sentido del Estado de un Campomanes, el sentido reformador de un Jovellanos y el sentido democrático de un Montesquieu. Y quizá también por eso suscribe sin ambages la idea de nuestro compatriota catalán Antonio de Capmany cuando afirma que España y las Españas son dos sentimientos perfectamente compatibles en el marco de una visión ecuménica de la humanidad.

Por lo afirmado hasta aquí, estoy convencido de que todos estamos persuadidos de que es justo y pertinente el reconocimiento académico que le brinda mi querida Universitat de Lleida. Lo es porque Carlos Martínez Shaw pertenece a esos escasos intelectuales

que son capaces de elaborar ciencia y de entusiasmar a los demás para hacer lo propio. Porque es de esas personas que se entrega a la causa de la mejora de la sociedad con la optimista creencia en el progreso humano que nos enseñaron los pensadores ilustrados que tanto ha frecuentado. Una confianza no ramplona que algunos profesionales del pesimismo quieren ver como caduca, pero que intelectuales como nuestro nuevo doctor *Honoris Causa* hacen que resulte una legítima aspiración civilizatoria en busca de la esquivada felicidad, pública y privada. Una necesaria creencia laica en el progreso que dicta, eso sí, que solo con tecnología no podremos los seres humanos construir un mundo que valga la pena vivir. Que dicta que para tamaña empresa, la más importante de la especie humana, también precisaremos de la belleza, la bondad y la verdad.

Gracias, don Carlos Martínez Shaw. Gracias por ser un magnífico ejemplo de universitario. Gracias por vivir la universidad como un servicio público, como un compromiso social, como una vocación y como un noble oficio al que se ha entregado usted completa y exclusivamente. Gracias por combatir a favor de una historiografía integral, universal y objetiva al servicio de la libre ciudadanía. Gracias por haber creado un extenso y duradero programa de investigación, que tantos buenos frutos ha dado merced a sus propios esfuerzos y al de sus discípulos. Gracias por contribuir a que nuestro gremio de historiadores modernistas, al que siempre se ha sentido orgulloso de pertenecer, haya alcanzado un nivel similar al de las mejores historiografías del mundo. Gracias por abrir puentes entre andaluces y catalanes mediante la razón, la comprensión y la tolerancia. Gracias por parecerse a ese sol que calienta a todos por igual sin pedir nada a cambio. Y muchas gracias por su amorosa bondad, que le convierte ante mis ojos, y estoy seguro que ante los de muchos colegas y amigos, en una bella y virtuosa persona que para llegar a la felicidad nunca ha perseguido ni la fama ni el dinero, sino el amor, la ciencia y la cultura. Y ya sabemos lo que dijo el estoico Marco Aurelio en sus *Meditaciones*: "Lo bello, para serlo, no necesita de elogios: se basta a sí mismo."

ACTE DE DOCTORAT *HONORIS CAUSA*

SR. CARLOS MARTÍNEZ SHAW

RETRATO DEL HISTORIADOR MODERNISTA

I

Magnífico Señor Rector de la Universitat de Lleida,
Magnífico Señor Rector de la Universidad Nacional de Educación a Distancia,
Querido Dr. Roberto Fernández,
Querida Marina, queridos hijos,
Queridas amigas, queridos amigos,
Señoras y señores,

La Universitat de Lleida ha tenido a bien concederme el singular privilegio de proponer mi ingreso en su claustro de profesores, en calidad de Doctor *Honoris Causa*. No puedo sino sentirme profundamente agradecido por esta generosa iniciativa, pues es bien sabido que esta distinción es la más alta que una Universidad puede otorgar. Y que en este caso queda aún más prestigiada por provenir de una Universidad que se siente heredera de la que fue la primera en constituirse dentro de los límites de la Corona de Aragón. Por ello no he podido dejar de preguntarme, desde que recibí la comunicación oficial de su Rector Magnífico, sobre si había hecho algún mérito que realmente justificase semejante galardón, para llegar a la conclusión de que todo proviene de una exuberancia afectiva, de una efusión *ex corde* de los promotores de este honor que me abruma y que sólo puedo aceptar con obligada humildad y también con el justo reconocimiento debido a mis amigos de tantos años y a la institución que me lo confiere en una innegable prueba de buena voluntad.

Rehaciendo mentalmente, al hilo de la cariñosa *laudatio* del profesor Roberto Fernández, mi relación con Cataluña y con Lleida, en mi intento de rastrear algún motivo plausible

para encontrarme hoy en este Salón de Actos, he recordado los ya lejanos tiempos de mi llegada a esta tierra y los lazos indisolubles que a ella me unen desde entonces y hasta ahora, exactamente cuarenta y tres años después, toda una vida después.

Mi encuentro con Cataluña, en el año 1967, fue como un gran deslumbramiento, de modo que mis primeros tiempos en Barcelona constituyeron, como dije no hace mucho y se ha recordado hace poco, una auténtica fiesta del espíritu, mayor que la que significó París para el joven Ernest Hemingway según reza el título de uno de sus libros. Fue un deslumbramiento provocado por su cosmopolitismo, su apertura al mundo, su progresismo político, su nivel de civismo, su dinamismo cultural y, ¿cómo no?, por la posibilidad de frecuentar a un amplio número de historiadores de todas las ramas que ya desde mis años de estudiante habían estado rodeados en mi imaginación de una aureola mítica.

Y, por si fuera poco, pronto pude vivir desde este observatorio excepcional los hechos del mayo del 68, con su carga contestataria y utópica. Como toda mi generación, me vi ayudado por una información fiable: era el gran momento de *Triunfo*, y también de *Destino* y de *Cuadernos para el Diálogo*. Me sentí confortado por el humor de Jaume Perich, que, incubado en la tertulia de *El Sot*, pronto quedaría formalizado en las recopilaciones de *Perich-Match* o de *Autopista*, en clara referencia a un conocido panfleto apologético. Me sentí elevado por las canciones de Georges Brassens, de Pete Seeger (cuyo frustrado concierto en el campus universitario barcelonés nos obligó una vez más a enfrentarnos con los "grises" a lo largo de la Diagonal), de Paco Ibáñez, de Manuel Gerena y José Menese (que familiarizaron a los estudiantes catalanes con el flamenco) de Atahualpa Yupanqui (que preparó el terreno a los distintos cantantes y grupos exiliados por la sangrienta dictadura pinochetista) y, naturalmente, de Raimon y del principiante Joan Manuel Serrat. Conocí nuevas experiencias gracias al cine que nos negaba la censura, pero que busqué al otro lado de la frontera, en las sesiones de Cérét, después de la obligada parada en el cementerio de Colliure para conversar un rato con Don Antonio Machado. Sobre todo, me enriquecieron las lecturas que entonces eran subversivas, desde el manual de Marta Harnecker (de consulta obligada por aquellos entonces) a las llamadas a la liberación sexual de Herbert Marcuse y Wilhelm Reich, y desde *La peste* o *El extranjero* del prematuramente desaparecido Albert Camus hasta el

Jean-Paul Sartre de *La nausée* y *Huis-Clos*, así como por la eclosión teatral (de Jaume Melendres a Ricard Salvat y a Jordi Teixidor), por el boom literario hispanoamericano (con Barcelona convertida en su principal difusora para todo el mundo) y por la literatura en catalán de Salvador Espriu o Mercè Rodoreda. Finalmente, sentí como ángeles protectores a los jóvenes editores comprometidos (como Gonzalo Pontón o Jorge Herralde), a los promotores de Estela/Laia y a los libreros con los que podía hablar de libros, como fue el caso de Pablo Bordonaba, allí en *El Cinc d'Oros*.

Era el momento oportuno para dar el salto a la militancia política. El movimiento de "penenes" (profesores no numerarios de la Universidad, por si algún joven ya ha perdido la referencia) fue la antesala de mi ingreso (junto a Laly Vintró y Jaume Mascaró) en la organización comunista Bandera Roja primero y en el Partit Socialista Unificat de Catalunya después. En esas formaciones, entonces clandestinas, hice mis primeras armas como activista (aunque el término me parece hoy excesivo), allí valoré por sus insobornables principios a algunos de mis camaradas (entre los que quiero recordar a Gregorio López Raimundo, a Manuel Sacristán o a Paco Fernández Buey), allí me formé políticamente de la mano de Jordi Solé-Tura, de Jordi Borja, de Marina Subirats, de Eliseo Aja y, finalmente, de Alfonso Carlos Comín y su entrañable grupo de católicos marxistas que me auguraban la salvación pese a mi agnosticismo declarado y nunca desmentido.

También eran tiempos de ganarse la vida. José Manuel Cuenca Toribio, de cuya mano llegué a la Universitat de Barcelona (cosa que nunca le agradeceré lo bastante), me procuró algunas fuentes de financiación, como mis clases de Política Internacional y de Cultura Contemporánea en la Escuela Oficial de Periodismo (donde, entre otros, y aunque el pudor debiera impedirme mencionarlo, tuve como supuestos alumnos a personalidades como Manolo Vázquez Montalbán, siempre vivo en mi recuerdo), o como mis artículos y reseñas en *Historia y Vida*, que también me permitieron disfrutar de la inestimable amistad de Edmon Vallès, un hombre bueno y sabio, a quien recuerdo todavía hoy en mis visitas a su viuda, María Rosa Ochoa, a quien debo, entre otras cosas, la versión mecanoscrita de mi tesis doctoral.

Y, por supuesto, quedaba mi dedicación principal, la Universitat de Barcelona, donde entré en contacto con Joan Maluquer de Motes, Lluís Pericot y Miquel Tarradell en Prehistoria, Carlos Seco, Antonio Palomeque y Nazario González en Historia Contemporánea, Santiago Alcolea en Arte, Joan Vilà Valentí en Geografía, José Manuel Blecua en Literatura, Miquel Siguán en Psicología o Claudio Esteva en Antropología, y donde todavía pude conocer y tratar a los discípulos de Jaume Vicens Vives: a Emili Giral, que fue mi decano, a Jordi Nadal, con quien todavía puedo seguir conversando de historia económica, y, más indirectamente, a Joan Reglà y a Joan Mercader (por pertenecer a otros centros), y finalmente a Josep Fontana, que fue mi principal fuente de inspiración para conformar mi teoría de la historia y para abrirme camino en el laberinto de la historiografía. Confesar mis deudas con todos los profesores y compañeros que me enseñaron tantas cosas de la historia y de la vida es aquí tarea imposible, por lo que deberé remitirme a las palabras y a los nombres ya citados por el profesor Roberto Fernández. Por ello, sólo dedicaré una mención aparte a mi director de tesis, Valentín Vázquez de Prada, que, como se acaba de decir, me hizo el regalo de mi tesis doctoral, *Cataluña en la Carrera de Indias, 1680-1756*, una propuesta que sacaba partido de mi doble condición de andaluz por nacimiento y de catalán por adopción y que me permitía trabajar la mayor parte del año en los archivos catalanes y los veranos en Sevilla y Cádiz, circunstancia esta última que me proporcionó otra de mis amistades más duraderas, la de Manolo Teruel. Y por si fuera poco, me puso en las manos los tres volúmenes de *La Catalogne dans l'Espagne moderne* de Pierre Vilar, abriéndome así a una relación intelectual (y no sólo intelectual) con el gran historiador francés que nunca habría de perder.

Como se puede comprender fácilmente (y sin haber señalado la concesión del premio Menéndez Pelayo con que me distinguió el Institut d'Estudis Catalans), debo infinitamente más a Cataluña de lo que hipotéticamente Cataluña puede deberme a mí. Tal vez sólo pueda señalar en mi descargo que he tratado de devolver los bienes recibidos en "muy buena moneda" como hacía "la reina mora" en la zarzuela del mismo nombre (con música de José Serrano y libreto de los hermanos Álvarez Quintero). Porque, eso sí, he tratado de servir con todo entusiasmo a la causa de la cultura catalana desde todos los ámbitos a mi alcance y no sólo desde la Universidad. Así, recuerdo con cariño las

jornadas pasadas en Mataró (como jurado del premio Iluro y disfrutando de la amistad de Joaquim Llovet o de Joan Giménez Blasco), en Reus (como jurado del premio Pedrol i Rius y disfrutando de la amistad de Pere Anguera), en Tarragona (como conferenciante y disfrutando de la amistad de Luis Navarro o de Josep Fàbregas), en Terrassa (como director del Centro Asociado de la UNED, un regalo que me llegó en mi madurez, y disfrutando de la amistad de Mercè Novellón y Jordi Rotger, con los que además podía hablar de novela negra y especialmente de Paco González Ledesma) y, finalmente, en Lleida, pero a este caso es preciso dedicarle un capítulo aparte.

Barcelona fue el centro de mi vida en Cataluña, la ciudad donde, entre otras cosas, se crió y vive actualmente mi hijo Miguel. Aquí di la mayor parte de mis clases, en el seno del Departamento de Historia Moderna. Aquí disfruté de algunas de mis mejores experiencias académicas, especialmente vinculadas al Centre d'Estudis d'Història Moderna Pierre Vilar, donde conté con la imprescindible colaboración de algunos de mis mejores amigos y amigas: Olga López, Montse Ventura, Magda Mirabet, Dolors Ricart, Isabel Lobato, Gemma García Fuertes, Xavier Padrós, Ferran Ayala, Javier Burgos, Manolo Peña, Eloy Martín Corrales y tantos otros, por no mencionar más que el núcleo fundacional. Aquí tuve la suerte de unirme a la creación de la revista *L'Avenç* (junto a otros queridos compañeros, como Ferran Mascarell) o al nacimiento de la Fundació Alfons Comin (a la que sigo perteneciendo, siempre bajo la diestra presidencia de Maria Lluïsa Oliveres) o al lanzamiento de la *Carta de la Pau*, en cuya empresa me enroló Agustí Viñas. Aquí he podido colaborar durante largos años no sólo con las revistas de tema histórico ya mencionadas, sino también como crítico de literatura asiática en la sección cultural de *El Periódico de Catalunya*, de la mano entrañable de Josep Maria Huertas Claveria y, después, de la mano, igualmente afectuosa, de Carles Geli, quien además me dio una oportunidad seguramente inmerecida: la de dejarme escribir (cuando él ya había pasado a la edición de *El País* en Cataluña) mi opinión sobre las que considero las veinte mejores obras de la literatura catalana de todos los tiempos, desde Auzias March a Jordi Puntí.

Y, como no podía ser de otro modo, fue la Universitat de Barcelona la que me conectó con Lleida y con la Universitat de Lleida. Primero, gracias a la posibilidad de sugerir nombres de profesores que pudieran vincularse al sugestivo proyecto de promover las

primeras enseñanzas de Historia en las aulas del edificio del Roser (Roberto Fernández, Josep Maria Delgado, Alejandro Sánchez, Joaquim Prats), después gracias a la llegada a mis cursos de sucesivas generaciones de estudiantes que siempre se contaron entre los mejores que tuve en mis clases (algunos de ellos hoy profesores de esta misma Universitat, como mis queridos Maria Josep Vilalta o Antoni Passola) y, finalmente, gracias a la oportunidad de formar parte del equipo de ese gran Rector, ese gran universitario llamado Antoni Badia i Margarit, con quien conviví cuatro años largos y a quien tuve la suerte de ver ingresar este mismo curso 2009-2010 como Doctor *Honoris Causa* en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, donde actualmente presto mis servicios como profesor.

Entre mis funciones como Vicerrector, el Rector Badia me encomendó las relaciones con las delegaciones universitarias de Lleida, lo que fue la ocasión de estrechar lazos con quien ya era amigo fraternal, Roberto Fernández, y con otros muchos profesores y estudiantes de Historia, con quienes solía terminar tomando copas y bailando (esto último es un decir) en la Sala Europa en esta ciudad. Y, lo que resultó más importante en el plano institucional, fue la ocasión para trabajar codo a codo con el equipo que estaba haciendo posible la construcción del Estudi General de Lleida como Delegació de la Universitat de Barcelona, un proceso que concluyó con el acto solemne de constitución que tuve el honor de presidir en el Salón de Actos del edificio del Roser en el año 1983. De ahí en adelante sólo era cuestión de tiempo el que las instituciones académicas de la Generalitat de Catalunya diesen su aprobación a la constitución de la Universitat de Lleida, como así ocurrió en el año 1991.

Solamente puedo añadir para que esta Universitat me siga considerando digno del significado galardón que hoy me concede que nunca he dejado de venir a Lleida, bien atraído por actos académicos o sencillamente por el cariño de los muchos amigos que tengo en esta tierra. Si estuve presente en el famoso *Homenaje a Pierre Vilar* de 1984, volví a estarlo con ocasión del *Homenaje a John Elliott* de 2001, dos de los historiadores más influyentes en la historiografía modernista española de los siglos XX y XXI, junto con Don Antonio Domínguez Ortiz, también distinguido con un Doctorado *Honoris Causa* en Cataluña, en este caso por la Universitat de Barcelona, tras una iniciativa en cuyo

origen estuvo una vez más Roberto Fernández. Y si la colaboración y los intercambios académicos continúan muy activos entre los correspondientes departamentos de esta Universitat y de la UNED, puede que todavía sean más estrechos los lazos de amistad y de afecto con que me siento felizmente vinculado para siempre a la Universitat y a la ciudad de Lleida. Unos lazos que se extienden a toda Cataluña, pues muchas veces me he creído (con un indudable grado de autocomplacencia) investido como "cónsul oficioso de catalanes" en mi actual residencia en mi ciudad natal, ya que he tenido la suerte de recibir las afectuosas visitas de muchos de mis amigos venidos de estas tierras por motivos políticos (eran los tiempos en que después de adoctrinar a nuestros camaradas andaluces en la doctrina marxista yo acompañaba a mis camaradas catalanes a ver las procesiones de Semana Santa), por motivos meramente turísticos (Sevilla sigue siendo una ciudad muy bella), por motivos historiográficos (que eran igualmente ocasión para actividades turísticas y gastronómicas) e incluso por otros motivos, como las recientes invitaciones cursadas a algunos de mis compañeros de Cataluña para presentar públicamente la *Revista de Estudios Taurinos* en la Real Maestranza de Caballería.

El protocolo del discurso de la persona promovida a un Doctorado *Honoris Causa* (ya que no ha de ser necesariamente un profesor o un investigador, sino que puede ser un escritor o un artista, e incluso, en casos llamativos de cínico oportunismo, financieros encumbrados, y después despeñados, o políticos megalómanos, y después denostados por sus fechorías) exige que, tras la siempre grata tarea de expresar su agradecimiento y de evocar los vínculos que le unen con la Universidad que le ha distinguido con su recuerdo, las palabras siguientes constituyan una aportación singular a su área de investigación o unas consideraciones generales sobre su tarea profesional. En este caso, y no sin realizar una consulta previa, me he decidido por expresar en voz alta una reflexión personal (en parte basada en mi propia experiencia a lo largo de una trayectoria que ya suma más de cuarenta años) sobre las cuestiones a las que ha de atender, tanto durante su periodo formativo como durante su quehacer ordinario, el investigador en historia moderna.

En primer lugar, el historiador debe saber cuál es su campo de actuación, a qué se dedica realmente. Así, si el siglo XIX concedió a la investigación histórica el rango de disciplina académica, fue el movimiento de renovación surgido entre las dos guerras mundiales el que otorgó a la historia su estatuto científico, dotándola de un objeto, de unas bases racionales, de unos métodos y de un utillaje conceptual que no harían sino perfeccionarse hasta nuestros propios días. De ahí que hoy podamos definir a la historia como el estudio científico de la evolución de las sociedades humanas. Es decir, la historia se concibe como una ciencia que debe dar razón de los hechos acontecidos en término de causas y efectos dentro de sociedades concretas y dentro de un marco temporal igualmente concreto. La historia es la ciencia social del pasado.

Ahora bien, sin negar la existencia de racionalidad historiográfica en muchos autores de la Antigüedad, los caracteres que hoy exigimos a la ciencia histórica hacen su aparición al final justamente de los tiempos modernos, en la época ilustrada, en el siglo XVIII: noción de causalidad, dimensión social, concepto de progreso, conciencia de su utilidad para la comprensión del presente, instrumental para el análisis de los documentos, separación entre la realidad y la fábula. Posteriormente, la historiografía positivista del siglo XIX encontrará el reconocimiento social que consolidará su status científico y le abrirá la puerta de las universidades y de los centros de investigación. Finalmente, las limitaciones del positivismo (especialmente el reduccionismo que privilegia los acontecimientos políticos, militares y diplomáticos dentro de una óptica eurocéntrica) permiten la revolución historiográfica de entreguerras, que surge de la confluencia entre el sentido de totalidad social heredado del marxismo y la radical crítica antiacadémica propuesta por los historiadores profesionales agrupados en la llamada "escuela de los *Annales*".

La aportación más significativa del positivismo, aparte de su vocación de rigor y crítica de los documentos analizados, fue quizás la nueva organización del trabajo del historiador. Antes, el investigador, el estudioso no recibía una formación concreta, no adquiría una posición regular (era simplemente un erudito aficionado a este tipo de cuestiones o bien, muchas veces, un clérigo que combinaba la "historia sagrada" con la historia o "historia civil"), dependía para su ejercicio bien de sus propias rentas o bien del mecenazgo del Estado, de la Iglesia o de los estamentos privilegiados (es decir, era un erudito privile-

giado por la cuna o bien un historiador de cámara, archivero o bibliotecario público o privado), no tenía ni siquiera un nombre que indicara una profesión autónoma. Ahora la historia se abre camino en la Universidad, ya sea en Francia, Alemania o Inglaterra y, más tardíamente, en España y otros países. El historiador del siglo XIX se ha formado específicamente en ese ramo del saber, se ha convertido en un funcionario del Estado (por lo que recibe una remuneración fija), imparte sus clases magistrales, realiza sus investigaciones oficiales, forma a sus discípulos y dispone de un público que asiste regularmente a las aulas. Por tanto, al mismo tiempo aparece el profesional de la historia y se forma un público culto que continuará su labor o al menos será consumidor del saber histórico, ya sea por seguir los cursos, ya sea por leer los libros que se publican y las revistas periódicas que están empezando a hacer acto de presencia en los medios académicos.

Es decir, es también en esta misma época cuando se produce un considerable progreso en la transmisión del conocimiento histórico. El público interesado tiene acceso a los archivos, las bibliotecas y los museos y puede asistir a las clases magistrales o a las conferencias pronunciadas en otras instituciones fuera de las universidades (academias, ateneos, sociedades eruditas). Al mismo tiempo, la técnica ofrece nuevos medios de reproducción de las fuentes (litografías, fotografías), las bibliotecas, los archivos y los museos propician la publicación de repertorios bibliográficos, documentales o arqueológicos, las librerías ofrecen un creciente surtido de obras de historia y aparecen las primeras revistas especializadas, como la *Revue Historique*, nacida en 1876.

Simultáneamente, el materialismo histórico (tal como aparece definido ya por los fundadores del sistema, Karl Marx y Friedrich Engels) aporta como nociones claves la concepción de la sociedad como una totalidad de planos interrelacionados, un modelo de base y superestructura para definir las relaciones dialécticas entre los diversos planos de la realidad social y el desarrollo de las tensiones internas en la sociedad como motor esencial del desarrollo histórico. Sin embargo, a pesar de estas trascendentales aportaciones (nada menos que la aparición de una verdadera "historia razonada" en palabras del célebre economista Joseph Alois Schumpeter), el materialismo histórico no tuvo una influencia inmediata en la investigación historiográfica, debido al rechazo

monolítico de las nuevas ideas por los detentadores de las cátedras universitarias, a las consecuencias revolucionarias que implicaba para la sociedad burguesa y a la primacía de las actividades políticas sobre las cuestiones teóricas más amplias en un momento de aceleración de la lucha de clases. Habría que esperar para su definitiva consolidación en el ámbito historiográfico precisamente a su vinculación con la escuela de los *Annales*.

Por su parte, ya en el primer tercio del siglo XX, los historiadores de la escuela de los *Annales* (desde sus fundadores, Lucien Febvre y Marc Bloch) dieron una serie de combates a favor de una nueva ciencia histórica: combate a favor de una historia total ("sólo existe la historia en su unidad"), combate a favor de una historia interdisciplinar abierta al diálogo con las restantes ciencias sociales (geografía, demografía, economía, sociología, antropología), combate a favor de una historia de problemas e hipótesis frente a la mera narrativa de los hechos ("plantear un problema es precisamente el comienzo y el fin de cualquier historia: sin problemas la historia no existe"), combate a favor de una historia de los hombres dentro del ámbito de las sociedades concretas (el historiador como el ogro de los cuentos, según la famosa imagen de Marc Bloch: "allí donde huele la carne humana, sabe que está su presa").

Una vez definido el objeto de la ciencia histórica, los historiadores de mi generación nos vimos sumergidos en toda una serie de debates sobre la esencia del conocimiento histórico en un momento en que se concedía una relevancia máxima a la cuestión de la formulación de una teoría de la historia concebida no como una vestidura entallada que comprimiera los hechos del pasado o un rígido discurso que se sustituyera a la riqueza de la vida del hombre en sociedad, sino como una regla de oro para la organización del material ofrecido por los documentos, como una brújula para abrirse camino en la laberíntica nebulosa de los acontecimientos. Así, surgió la apasionada discusión sobre la objetividad de la historia, hasta llegar a la clásica fórmula conciliadora de Edward Hallett Carr: "sin sus hechos, el historiador carece de raíces y es hueco; los hechos sin el historiador, muertos y faltos de sentido."

Y siguió la no menos vehemente controversia sobre la causalidad histórica, que, superando la tentación de una motivación única, pudo llegar a la conclusión de que las causas

son siempre múltiples, y que, huyendo del determinismo y de la pura indeterminación, pudo llegar a la conclusión de que frente al azar y la necesidad (por emplear la conocida fórmula de Jacques Monod) la respuesta estaba en el concepto de regularidad histórica, es decir que, frente a la fatalidad o el milagro, el hombre era el verdadero protagonista de la historia, según la sabia propuesta de Pierre Vilar: "La investigación histórica es el estudio de los mecanismos que vinculan la dinámica de las estructuras –es decir, las modificaciones espontáneas de los hechos sociales de masas- a la sucesión de los acontecimientos, en los que intervienen los individuos y el azar, pero con una eficacia que depende siempre, a más o menos largo plazo, de la adecuación entre estos impactos discontinuos y las tendencias de los hechos de masas."

El hombre era, por tanto, el protagonista de la historia. Pero, ¿quién era este hombre? Sin duda, no los "príncipes indignos de ser conocidos, los príncipes bárbaros de naciones incivilizadas" de Voltaire, ni tampoco los "grandes hombres" de Thomas Carlyle, sino que, como Antonio Gramsci explicaba a su hijo desde su encierro en las cárceles fascistas, la historia debía ocuparse de "los hombres, y todo lo que se refiere a los hombres, al mayor número posible de hombres, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre sí en sociedad, y trabajan, y luchan y se mejoran a sí mismos". De este modo, la historia de los héroes se alejó inexorablemente de nuestro horizonte, expulsada por los propios historiadores, que se apoyaban en las intuiciones geniales de los poetas, como Bertolt Brecht: "El joven Alejandro conquistó la India / ¿Él solo? / César venció a los galos / ¿No llevaba consigo ni siquiera un cocinero? / Felipe II lloró al hundirse su flota / ¿No lloró nadie más?"

Y, finalmente, la historia renovada proponía la ampliación de lo que Emmanuel Le Roy Ladurie llamó "el territorio del historiador", lo que ponía ante los ojos del especialista en los tiempos modernos todo un nuevo universo temático nunca antes soñado y mucho menos por los encomiables pero restrictivos padres del positivismo historiográfico. Ahora bien, antes de entrar en la incesante expansión de la galaxia temática, hay que decir que el historiador especializado en la historia moderna no puede contentarse con los tres siglos asignados al periodo del Antiguo Régimen, sino que ha de tener en su mente todo el pasado de la humanidad, desde las primeras acciones de los australopitecos hasta

los últimos hechos ocurridos hoy mismo. El historiador ha de serlo de la historia en su totalidad, desde la prehistoria (que es la etapa de la historia sin documentos escritos) a la historia antigua, la historia medieval, la historia moderna (*of course!*), la llamada historia contemporánea y la llamada historia del mundo actual. Sin ese bagaje no se puede comprender la situación de los tiempos modernos en el devenir multiseccular del hombre, no se puede comprender el significado para la evolución de la humanidad de los grandes hechos de los siglos de la modernidad: la expansión ultramarina, la recuperación de la cultura clásica, la ruptura de la unanimidad religiosa, la aparición del estado absolutista, el desarrollo del capitalismo comercial, la revolución científica, la propuesta de nuevos valores durante la época ilustrada, el proceso de laicización o secularización y los orígenes de la revolución liberal, de la soberanía popular, del régimen constitucional, de la separación del estado respecto de las iglesias, de la libertad de las conciencias...

Pero, además, la historia no puede limitarse a la geografía europea. Precisamente, uno de los reproches de las nuevas escuelas con respecto al positivismo académico (un reproche que todavía hoy puede aplicarse a los actuales programas de investigación y, aún más, a los de docencia) fue su carácter eurocéntrico: la historia realmente importante era la historia de Europa, mientras que el pasado de los restantes continentes sólo cobraba interés en cuanto aquellos mundos entraban en contacto con los europeos, es decir, en cuanto se convertían en escenario de la colonización europea. Sin embargo, sin rehusar una historia de la expansión de los europeos fuera de las fronteras del Viejo Mundo, que constituye sin duda un capítulo relevante de la Edad Moderna imposible de soslayar, hay que abrir de modo inexcusable un espacio a la historia sustantiva de los otros continentes, donde la relación con los europeos constituya a su vez sólo un capítulo de la evolución completa de aquellos mundos. De este modo, si la historia de la expansión europea fue primera en el tiempo, al constituir inicialmente tan sólo una proyección de la concepción eurocéntrica en otros ámbitos, hoy día, sin abandonar este área de investigación (que se muestra fecunda en problemáticas como los procesos de mestizaje o de aculturación), hay que estudiar la historia de la evolución propia de cada una de las regiones extraeuropeas, aunque en algunos casos la presencia foránea supusiera una ruptura traumática en el modelo imperante de organización económica, social, política y cultural.

En efecto, parece llegada la hora de que la investigación europea introduzca como norma necesaria el conocimiento de la historia de los países extraeuropeos como una realidad sustantiva, que no depende para su existencia del mantenimiento de ningún tipo de contacto con los estados europeos, que no está subordinada al posible efecto ejercido sobre el Viejo Mundo. Y esta exigencia adquiere mayor valor si cabe para la historia moderna, un momento privilegiado, de gran densidad histórica, en que, mientras los países africanos se desarticulan progresivamente por la incidencia de la trata esclavista, los países asiáticos consolidan una economía próspera y bien organizada, constituyen estados centralizados y absolutistas, hacen frente al reto de los visitantes europeos (soldados, mercaderes, misioneros) y protagonizan un florecimiento cultural que forma hoy parte del patrimonio de la humanidad.

Esta historia ha de superar necesariamente una serie de obstáculos. Por un lado, la investigación tropieza con unas fuentes que se hallan depositadas en archivos lejanos (aunque algunas resulten más accesibles al haberse recogido en repertorios documentales) y que han sido escritas en lenguas también de difícil dominio, aunque en ocasiones entre ellas se encuentren aportaciones relevantes de visitantes europeos. La bibliografía presenta inconvenientes similares, ya que si la literatura europea puede ser abundante en algunos casos, en otros (particularmente en el mundo asiático) hay que recurrir a obras publicadas en idiomas autóctonos que no han conseguido los honores de la traducción. Del mismo modo, la cronología de los otros mundos desafía las convenciones establecidas en la historia europea, de modo que incluso hablar de una historia moderna para los ámbitos extraeuropeos requiere una previa justificación.

Tales dificultades no deben contrariar, sin embargo, el principio teórico de la necesidad de reconstruir la unidad del desarrollo histórico de la humanidad. Máxime cuando la Edad Moderna representa el momento en que los distintos mundos, hasta ahora separados por la distancia geográfica y la distancia mental, toman contacto y se disponen a configurar un solo mundo. Un mundo recorrido por los viajeros, cruzado por las rutas comerciales, interrelacionado por la circulación de las noticias. Un mundo que está comunicado desde fines del siglo XV a través de un eje que se inicia en el extremo meridional de Europa, llega en dirección a oriente hasta los confines de China y en dirección a occidente, cruzando

América y la vasta extensión del Pacífico, hasta las Filipinas, para confluír en el espacio que Pierre Chaunu denominó el Pacífico de los Ibéricos. En definitiva, un mundo que permite escribir una verdadera historia universal.

Por tanto, nos encontramos con una historia de tres millones de años, que fluye desde las tribulaciones de la desventurada Lucy luchando por su frágil vida en las sabanas de África hasta los sufrimientos infrahumanos de los esclavos de la explotación (política, religiosa, económica, bélica, sexual) del 2010. Con una historia universal, que recoge la trayectoria del hombre en los cinco continentes y las relaciones establecidas libre o forzosamente entre ellos a través de siglos y milenios. Y con una historia del entorno humano: una geohistoria (según Fernand Braudel), una historia del clima (según Emmanuel Le Roy Ladurie), una historia ecológica (según Alfred Crosby). Incluso se ha propuesto, estirando el razonamiento hasta el extremo, una historia del cosmos que nos envuelve (según Carl Sagan) o una historia del tiempo que nos arrastra a partir del Big Bang (según Stephen Hawking), pues finalmente es histórico todo cuanto tiene la huella del hombre o incluso todo cuanto concierne al hombre aunque el hombre no esté efectivamente presente.

Esta relación interactiva entre el hombre y su entorno ya había sido subrayada por la escuela francesa de geografía humana desde los años veinte: "ciertamente la tierra rige la actividad humana, pero a su vez el hombre rige la tierra", afirmaban Jean Brunhes y Camille Vallaux, los discípulos de Paul Vidal de la Blache. Un modo de ver las cosas asumido por otros grandes geógrafos a la hora de plantear las relaciones entre el hombre y la naturaleza, como es el caso de Clarence Glacken en su influyente obra *Traces on the Rhodian Shore*, de 1967. Pero me gusta recordar que algo parecido lo había intuido ya Jules Verne en su famosa novela *Vingt mille lieues sous les mers*, de 1870: "No creo en las comarcas inhabitables: el hombre a fuerza de sacrificios, valiéndose de generación tras generación, y con todos los recursos de la ciencia agrícola, terminaría por hacer fértil una región tal. Si fuerais a las comarcas célebres de los primeros días del mundo, a los lugares donde estuvieron Tebas, Nínive o Babilonia, en aquellos valles fértiles de nuestros padres, os parecería imposible que el hombre hubiera podido vivir allí jamás: la atmósfera misma de esos lugares se ha viciado desde la desaparición de los seres humanos. Es ley general de

la naturaleza que se vuelvan insalubres y estériles las regiones deshabitadas o aquellas que ya no habitamos. Tenedlo bien en cuenta: es el propio hombre el que hace su país: por su presencia, por sus costumbres, por su industria, yo diría incluso que por su aliento, modifica poco a poco las inhalaciones del suelo, y las condiciones atmosféricas las sana con sólo respirar. Que existen lugares inhabitados, de acuerdo, pero lugares inhabitables, jamás."

Pero, además, también nos encontramos con una historia que se muestra imparabile en la búsqueda de nuevos objetos, una historia con vocación expansiva, que se ha manifestado particularmente activa al abordar el estudio de los tiempos modernos. Sin duda no es este el lugar de desplegar por extenso la creativa voracidad de la investigación modernista en los últimos tiempos. Baste decir aquí que las tendencias historiográficas actuales en el campo de la Historia Moderna se han ido configurando de acuerdo con los sectores que han ido definiéndose a lo largo de la segunda mitad del siglo XX: la historia económica, social, política y de la cultura. Aunque así nos quedarán objetos de difícil definición (¿dónde encuadrar la historia climática?), objetos que remiten a diversos sectores (la historia marítima como historia total en el campo del mar y sus orillas, o la historia de la población reclamándose al mismo tiempo de la demografía histórica y de la historia social), objetos nuevos recientemente explorados pero en constante expansión (la historia de las mentalidades que se ocupa de la fiesta, de la religiosidad, de la literatura popular, de la vida cotidiana, de la vida privada, del amor, del miedo, de la muerte, de las concepciones del más allá, etcétera), objetos que parecen desmentir la historia total pero que nos devuelven en cifra una realidad que no podemos captar en su epifanía (la microhistoria de Carlo Ginzburg o de Giovanni Levi).

En cualquier caso, y pese a esta fragmentación del universo temático, los combates de los historiadores marxistas y de los historiadores de los *Annales* han asentado de modo sólido el concepto de historia total. Con lo cual no hacen sino seguir la constatación de Ludwig Wittgenstein en su *Tractatus logico-philosophicus*: "El mundo es la totalidad de los hechos". Así lo expresan las palabras de Lucien Febvre: "Repito, por tanto: no hay historia económica y social. Hay historia sin más, en su unidad. La historia que es, por definición, absolutamente social. En mi opinión, la historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros

tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras; actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades."

Ahora bien, el historiador debe tratar con cuidado esa totalidad, debe proveerse de una herramienta que delimite ese océano infinito de los hechos, por lo que parece oportuno escuchar una vez más las palabras de Pierre Vilar: "En la difícil aproximación a la totalidad histórica, puede y debe servirnos toda investigación que se inspire en los métodos más recientes de los psicólogos, de los sociólogos y de los economistas. Siempre y cuando el historiador no olvide su propia labor, consistente en establecer síntesis, en distinguir los episodios históricos que forman un todo, en no reducir la historia ni al largo plazo que deshumaniza ni al corto plazo que impide ver el crecimiento y el progreso. Labor que consiste, en definitiva, en el estudio de los mecanismos que relacionan los acontecimientos con la dinámica de las estructuras."

Por otra parte, aquí el historiador modernista (y cualquier historiador) se enfrenta a uno de sus dilemas, que debe resolver arguyendo que, si bien nuestro horizonte es la historia total, esta constatación no quiere decir que cada investigación concreta pueda abordar la totalidad de la realidad histórica de un determinado espacio y un determinado tiempo, a menos que el lugar se defina a escala liliputiense o la cronología se constriña a la medida de un reloj de arena. Es imposible para la capacidad humana comprender simultáneamente todo el pasado en su completo despliegue, a menos que se posea el *aleph* imaginado por Jorge Luis Borges, quien también concibió un mapa de las mismas dimensiones que todo el territorio cartografiado. La construcción de la historia total es un punto de fuga hacia donde convergen todos los esfuerzos del historiador, una meta ideal que sirve de guía al historiador para no extraviarse, para orientarse, para mantener siempre el rumbo. Sin embargo, la investigación concreta se ha de ceñir a objetivos parciales, con las únicas condiciones de su relevancia y su vocación de articularse con otras investigaciones paralelas para construir aquella inalcanzable totalidad. El investigador, glosando a Martin Heidegger, es el pastor del ser histórico, pero ha de ser consciente de las dimensiones inabarcables del pasado de la humanidad. Máxime cuando, en el ejercicio de su profesión, comprueba a diario, con desesperanza o con

resignación, que no puede ni siquiera hacerse más que con un porcentaje ínfimo de la galaxia bibliográfica.

Y, sin embargo, el investigador en historia moderna aún tiene que aprender más para enfrentarse con garantías de éxito a su tarea. Por una parte, ha de conocer no sólo toda la historia, sino toda la historia de la historiografía, desde los clásicos antiguos hasta las corrientes más actuales, a fin de tener, por un lado, una idea clara de la evolución del anhelo del hombre por conocer su pasado, por conservar su memoria histórica o (en algunos casos dramáticos, como el que vivimos en nuestro país en nuestros días) por recuperar su memoria histórica secuestrada, y, por otro, un panorama de las grandes tendencias recientes, de lo que llamó Michel Vovelle "los frentes avanzados de la historia". Y también ha de estar familiarizado con los conceptos fundamentales de su época de estudio, dominando las definiciones sin desconocer las controversias abiertas por dichas definiciones: Antiguo Régimen, Feudalismo Tardío, Capitalismo Mercantil, Régimen Señorial, Estamentos y Clases Sociales, Monarquía Compuesta, Monarquía Absoluta, Despotismo Ilustrado, Reforma y Contrarreforma, Renacimiento, Humanismo, Barroco, Revolución Científica, Ilustración, Revolución.

Y, para terminar, el historiador modernista tiene la obligación de conocer perfectamente la evolución de su parcela específica, la historia moderna. Ha de tener la historia moderna en su cabeza, ha de ser capaz de organizar en un programa la sucesión de todos los hitos básicos que la definen y la configuran, más allá del mero dominio de los conceptos básicos. Ha de ser capaz de establecer una cronología básica y un sistema de relaciones entre los distintos espacios geográficos que, además, ha de saber situar sobre el mapa. Un conocimiento solamente parcial de esta realidad pone fuera de su alcance la aspiración a una historia universal, a una historia total, inclusive en el marco reducido de su área de elección para la investigación y, en su caso, para la docencia.

Uno de los elementos más gratificantes de la etapa de formación es la lectura de algunas de las grandes obras clásicas de la historiografía (o la sociología o la antropología). La elección no resulta fácil: *The Decline and Fall of the Roman Empire* de Edward Gibbon (1788), *Die Kultur der Renaissance in Italien* de Jakob Burckhardt (1860), *Die protestan-*

tische Ethik und der Geist des Kapitalismus de Max Weber (1904), *Hersfsttij der Middeleeuwen* de Johan Huizinga (1919), *The Golden Bough* de James Frazer (1922, en su edición de un solo volumen), *La crise de la conscience européenne* de Paul Hazard (1935), *Über den Prozess der Zivilisation* de Norbert Elias (1939). En España, además, apenas si puede prescindirse de los dos libros que han alimentado una controversia inacabable: *España en su historia* de Américo Castro (1948) y *España, un enigma histórico* de Claudio Sánchez-Albornoz (1957). Y, naturalmente, estas referencias no agotan ni mucho menos la gozosa obligación de la lectura de otras obras innovadoras o imprescindibles.

Este último apartado enlaza ya con el papel de la enseñanza de los maestros. A lo largo de nuestra vida profesional, hay ocasión de beneficiarse de la enseñanza y de la experiencia de los mejores historiadores de nuestra generación, y no sólo a través de su obra escrita, sino a través de sus clases, de sus conferencias, de su conversación informal, de su ejemplo sobre todo. Aquí, la fortuna tiene todas las bazas a su favor, pues cada historiador tiene acceso a los maestros con que se ha ido encontrando a lo largo de su vida. En mi caso, y sólo por mencionar y rendir un enésimo homenaje a aquellos que ya no están con nosotros, he podido conversar privadamente con muchos de ellos, pero especialmente con Pierre Vilar y con Don Antonio Domínguez Ortiz. Del primero aprendí el valor de la historia como instrumento para el conocimiento de la realidad, la necesidad de interpretar los hechos a través de una teoría de la historia, la virtualidad del marxismo para la comprensión del pasado y el presente y para la transformación del futuro, la dialéctica entre la historia y las demás ciencias sociales, los dilemas del oficio de historiador, la responsabilidad social del intelectual, la dialéctica establecida entre España y las Españas a lo largo de los tiempos, las recompensas de "pensar históricamente" e, incluso, en su casa parisina del Quai de la Rapée y en la de sus hijos Jean y Sylvie, cerca de la Bastilla, diversas lecciones sobre hospitalidad, sobre cortesía y sobre amor familiar.

Don Antonio fue un ejemplo constante de pasión por el conocimiento del pasado, de entrega a la labor historiográfica, de voluntad de objetividad, de seguridad interpretativa en el análisis de los hechos y, en otro orden de cosas, de sabiduría auténtica demostrada por su modestia fuera de medida, de cariño por su familia y por sus discípulos (incluso por

aquellos indirectos y lejanos como yo) y de humanidad machadiana (en una semejanza que no procedía sólo de su común ciudad de nacimiento, sino que se transparentaba incluso en cosas tan sencillas y entrañables como su torpe aliño indumentario o su permanente uso del sombrero y, por supuesto, en su bondad en el buen sentido de la palabra). Su última lección quiero dejarla aquí como legado: poco después de que el gran pianista Joaquín Achúcarro nos hubiese dado una prueba memorable de profesionalidad al comentar con un entusiasmo juvenil (a sus ochenta años) los preludios de Frédéric Chopin antes de entregarse a una ejecución cálida e inolvidable de los mismos, en mi última visita a Don Antonio en Granada, en su casa del paseo de la Cartuja, me quedé impresionado al verle preparar (a sus más de noventa años) el envío de sus reseñas de "Archivo Hispalense" para el "Índice Histórico Español" (una tarea por tanto realizada sin interrupción a lo largo de los cincuenta años transcurridos desde que Jaume Vicens Vives le pidiera su colaboración en aquel proyecto) y, todavía más, al comprobar cómo había corregido a mano, una por una, todas las erratas de unas humildes separatas de un artículo suyo publicado en una revista local, en un ejercicio de paciencia benedictina y de amor artesanal a la tarea bien hecha que resultaba admirable en un historiador consagrado por una trayectoria universalmente reconocida. Sólo puedo hacer votos por que no olvidemos nunca esta enseñanza que nos fue dada tan inadvertida, espontánea y gratuitamente.

También hay que estar atento a las enseñanzas de los compañeros. Cada historiador es el fruto de su trabajo y del trabajo que le ofrecen los demás, en los libros, en los congresos, en las mesas de las cafeterías delante de una buena taza de café de Costa Rica o de una buena copa de daiquiri preparado al estilo del Floridita habanero. Pienso que mi formación (sea cual sea su grado) debe mucho a mis conversaciones sevillanas con Quisco de la Peña y Santiago Tinoco y a mis conversaciones barcelonesas (o "lleidatanas") con Roberto Fernández y Ricardo García Cárcel, y también con el equipo humano que hizo posible la aventura del Centre d'Estudis d'Història Moderna Pierre Vilar. Y, aunque en muchas ocasiones los profesores practican como un ejercicio de modestia el asociar a su aprendizaje a sus propios alumnos, yo sigo su ejemplo sin una pizca de retórica, con el total convencimiento de que mi comprensión de la historia sería diferente sin

las enseñanzas de mis alumnos de doctorado (que me regalaron muchos estudios inéditos fruto de muchos años de trabajo, aunque aquí la experiencia de mis años me permitía el ejercicio de una dirección que devenía una inestimable forma de amigable colaboración en la empresa científica) y de mis alumnos de licenciatura, con los que hablé mucho de nuestra común pasión en las clases, en el despacho, en las cafeterías (de nuevo), en las sesiones de discusión de películas históricas, a menudo japonesas, como las portentosas cintas de Akira Kurosawa. No considero inútil añadir que una de las mayores compensaciones humanas que se pueden experimentar en nuestra profesión es el reencuentro con un antiguo alumno que te reconoce a pesar de las canas y de las injurias del tiempo. ¿Quién no quisiera recibir la carta escrita por Albert Camus, tras serle concedido el premio Nobel de Literatura, a Louis Germain, su profesor de instituto?: "Cuando he recibido la noticia, mi primer pensamiento, después de mi madre, ha sido para usted. Sin usted, sin esa mano afectuosa que tendió al niño pobre que yo era, sin su enseñanza y su ejemplo, nada de todo esto hubiese ocurrido."

Aun así pertrechado, el investigador debe todavía enfrentarse a otros problemas. Una vez superado el dilema entre la necesidad de la historia total como marco y horizonte y la necesidad de una acotación espacial, temporal y temática de la investigación concreta, surgen nuevas alternativas que ofrecen soluciones diversas, unas veces dependientes del temperamento del historiador y otras impuestas por las circunstancias encontradas en el ejercicio profesional. Una de ellas, tal vez la primera, es la compatibilidad (o incompatibilidad) de la investigación histórica con otras actividades: la enseñanza, la familia y el compromiso cívico o político. La primera de estas competidoras es quizás con la que es más fácil pactar, ya que la investigación exige la comunicación de los resultados y ésta ha de hacerse muchas veces en las aulas, al margen de que, salvo en algunos casos, la investigación y la enseñanza forman normalmente un indisoluble binomio en el mundo científico y educativo español: el investigador suele ser además profesor. En los otros supuestos, hay que seguir de nuevo los sabios consejos de Pierre Vilar, tal como los expuso en *Penser historiquement*: la historia no puede estar por encima de la familia, y una vida sana (que aúne armónicamente lo familiar y lo profesional) exige el abandono de la militancia política, que consume demasiadas energías, aunque no exima

de la participación ciudadana, ni del compromiso intelectual, ni de la opción política a favor de la libertad y de la justicia. Pues el historiador experimenta no sólo una sino muchas veces el impulso de intervenir en el debate público, llevado, como expresó Pierre Bourdieu, en ocasión de una de sus tomas de posición, por "el sentimiento, tal vez ilusorio, de sentirse autorizado por una especie de rabia legítima, parecida a veces a un vago sentimiento del deber".

La historia se ocupa de todos los avatares del hombre en el inmenso ámbito del pasado. De ahí que el historiador se preocupe por la demografía, por la sociología, por la antropología, por la filosofía, por las ciencias en todas sus ramas, por la literatura en todos sus géneros, por la creación artística en todos sus campos, desde la arquitectura a la pintura, desde la música a la danza, desde el teatro al cine. Este ansia siempre incitante, siempre insatisfecha, puede llevar al historiador a interesarse por la paleontología y por los adelantos en el estudio de las partículas elementales, a leer a Bronislaw Malinowski y a Claude Lévi-Strauss y a Arnold Hauser y Ernst Fischer, a apasionarse por Epicuro y por Lucrecio, a escudriñar el pensamiento de Immanuel Kant y de Bertrand Russell, a hundirse en las páginas de Michel Onfray y de Richard Dawkins, a identificarse con Karl Marx y con Albert Camus, a deleitarse con Franz Kafka y con James Joyce, a emocionarse con las sinfonías de Ludwig van Beethoven y de Dimitri Shostakovitch, a acudir puntualmente a las citas (retrospectivas) con Orson Welles y (actuales) con Woody Allen, a tener un trato continuo con los autores franceses de cómics, con los escritores japoneses e incluso con la materia taurina. Y ello sin hablar de los viajes a las cinco partes del mundo (porque ya son una más que las estudiadas por Serge Gruszinski en *Les Quatre parties du monde* refiriéndose a los tiempos modernos).

Naturalmente, esta curiosidad universal impide una mayor concentración en la literatura puramente historiográfica y una mayor frecuentación de los archivos que custodian la documentación del Antiguo Régimen, el verdadero hogar del investigador modernista. He de confesar que para este dilema no he encontrado solución y que el equilibrio se revela siempre precario entre la especialización (que permite profundizar en un objeto de estudio) y el ansia imposible de captar la obra del hombre en el pasado y el presente,

un mundo inasible a causa de la finitud del individuo, reducido a ser la "pasión inútil" de la definición sartriana.

Sin embargo, hay que sobreponerse. Hay que consolarse con la aceptación de esta vocación que para los amigos te convierte (pese a tus protestas) en un humanista, un ilustrado o un enciclopédico. Y también hay que saber sobrellevar con dignidad la descalificación de los enemigos como inconstante contemplativo, como disperso *snob*, como epidérmico *dilettante*, pensando con todo convencimiento que todo aquello que aprendes siempre enriquece de algún modo tu visión de aquel pasado y de este presente, siempre coopera a tu mejor comprensión de la complejidad de lo real y siempre otorga una mayor dimensión a tu obra como historiador. Y que, en definitiva, hay que conservar la voluntad de conocer hasta el último momento, incluso en "el umbral mismo de la muerte", según las palabras de Émile Michel Cioran.

El investigador ha de reconstruir ese pasado, esa pretérita realidad con documentos. En tiempos no tan lejanos, los concursos de acceso a las plazas de docencia e investigación universitarias en historia moderna exigían del candidato una memoria donde desplegase una relación de las técnicas auxiliares de la historia (la paleografía, la diplomática, la epigrafía, la numismática, la arqueología) y un repertorio de los diferentes tipos de fuentes que debía utilizar el modernista. No es el caso de volver a esos ejercicios, pero sí de confirmar que el historiador tiene como instrumentos básicos toda una serie de fuentes documentales. Las más clásicas y más conocidas son las fuentes impresas y las colecciones documentales (propias de las bibliotecas), las fuentes literarias (donde a las grandes obras de la literatura se suman los periódicos, los pliegos de cordel, las colecciones de chistes, los diarios privados o los copiadotes de cartas) y la documentación manuscrita que se encuentra en los archivos generales, administrativos, eclesiásticos, municipales, judiciales, notariales, particulares... Ahora bien, la actual multiplicación de los objetos de estudio en el ámbito de la Historia Moderna ha traído consigo la aparición de un sinfín de nuevas fuentes, con las que han tenido que familiarizarse los cultivadores de cada uno de los campos específicos: los objetos de la cultura material (vivienda, mobiliario, vestido, transporte), los edificios de las viejas manufacturas (cuyo

descubrimiento dio carta de naturaleza a la arqueología industrial), los vestigios de fiestas o de costumbres periclitadas aportados por la antropología cultural, las lápidas funerarias que tanta información proporcionaron para la configuración de una historia de la muerte...

Una de las últimas incorporaciones es la del material iconográfico y sonoro, de las imágenes y los sonidos, como fuentes para la Historia Moderna, especialmente para el estudio de determinados fenómenos históricos, como la propaganda, la subversión, la utopía, el paisaje, la fiesta, las operaciones militares, la cultura material, la vida cotidiana, las mentalidades colectivas, etcétera. En un principio, el uso de imágenes se había hecho frecuente no ya como mera ilustración sino como información complementaria de los textos, del mismo modo que se había venido también extendiendo el empleo de viñetas gráficas para narrar una historia sin soporte escrito. El primer método lo he empleado, junto a Marina Alfonso, en el año 2007 en *La ruta española a China*, donde las imágenes han sido buscadas no para arrojarlas en medio del texto por afán de pintoresquismo, sino para que sirvan de complemento necesario a la narración. El segundo método inspiró nuestra exposición *Europa en papel*, que ha ofrecido una historia de Europa en cien viñetas a partir de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

Sin embargo, el documento iconográfico (o sonoro) debe ser utilizado específicamente para obtener nueva información sobre el pasado, tanto si constituye uno más de los tipos de fuentes a nuestro alcance, como si es el único o el más expresivo de todos los que quedan a nuestra disposición. Si ya Emilio Sereni había podido seguir la evolución del paisaje agrario italiano a partir de las obras de la pintura (en 1960) y Michel y Gaby Vovelle habían podido recrear las imágenes colectivas del más allá a partir de los retablos de las almas del purgatorio (en 1970), más recientemente (en 1995) Peter Burke ha reconstruido la operación de exaltación de Luis XIV, un programa que incluía la utilización de textos (históricos, políticos o literarios), de imágenes (esculturas, pinturas, grabados), de escenarios (teniendo como paradigma el palacio de Versalles), del mecenazgo (de las letras, las artes, las ciencias) y hasta de los meros gestos compuestos ante el público o la propia oralidad, un método de difusión muy eficaz en una época

de altas cotas de analfabetismo. En definitiva, se trata de una utilización de la imagen como una prolongación de la historia de la cultura, en el límite de la historia política, es decir tal vez un ensayo de historia de la cultura política.

Del mismo modo, las imágenes y las composiciones musicales pueden utilizarse con garantía para proponer una historia de la fiesta, tanto sacra como profana. Así, junto a los objetos supervivientes, las pinturas, los dibujos y los grabados resultan indispensables para el estudio de la vida cotidiana y la vida privada, ya sea para alcanzar los secretos de la intimidad amorosa (en la alcoba o en el *boudoir*), para valorar el papel de la cosmética y de la compostura física, para aproximarse a la evolución de los espacios destinados tanto al paseo educado (el *polite walking*), como a los espectáculos públicos (los teatros o las salas de conciertos) o a la acogida de otras formas emergentes de sociabilidad (los clubs o los cafés). Finalmente, la imagen cada vez se utiliza más en el campo de la historia de las mentalidades para el estudio de la vivencia del más allá (a través de las representaciones de cielos e infiernos, de ángeles y demonios), el de la percepción de la belleza y de su contrapartida (el interés por la deformidad y los monstruos, incluyendo la presencia de bufones y enanos en las cortes europeas), el de la sensibilidad ante la suciedad y la limpieza o ante el espectáculo de la naturaleza. Sin olvidar el mundo de los sonidos: las *villes sonnantes* del Antiguo Régimen, donde las campanas llaman a las funciones religiosas, saludan los fastos o alertan de los peligros o donde los mercaderes ambulantes anuncian sus productos mediante pregones (los famosos *cris* de París como ejemplo) o donde las clases populares cantan y bailan en las calles, los fieles refuerzan sus creencias en las iglesias a los compases de la música de Johann Sebastian Bach y los cortesanos se ven envueltos en los jardines de los palacios en la música de Georg Friedrich Haendel mientras contemplan los juegos de los surtidores o los castillos de fuegos artificiales.

Los historiadores necesitan de los documentos para reconstruir la realidad del pasado, pues sobre esa base indispensable ha de sustentarse sus argumentos y ha de llegar a sus conclusiones. Ahora bien, y éste es otro de los dilemas del investigador, también ha de ofrecer una interpretación correcta de los fenómenos observados. Y para ello, sobre ese sustrato (a veces proteico, si pensamos en los mil combates individuales que

componen una sola batalla, o en las innumerables cuentas que jalonan la actividad de un solo comerciante), hemos de hacer valer nuestra capacidad para seleccionar lo realmente significativo y para armar una explicación inteligible. Una capacidad que entraña una metodología adecuada, un análisis preciso y una interpretación acertada (a veces decidida entre siete distintas, como hubo de hacer el juez del famoso cuento de Ryunosuke Akutagawa). El dilema se resuelve, en cualquier caso, mediante una dialéctica entre la inalterabilidad de los hechos y la interpretación sabia y experta del historiador profesional, que no puede prescindir del rigor pero tampoco de la imaginación para la construcción del mejor discurso posible. La historia sería un ente mudo, una sustancia inanimada, si la imaginación del historiador no le prestase voz, no le insuflase vida.

Del mismo modo, la investigación ha de ser comunicada para cumplir con su función social. En el siglo XX los medios de difusión de los avances del conocimiento histórico han sido las cátedras (o los departamentos), los libros (y las revistas) y los congresos o reuniones científicas. En efecto, las cátedras y los departamentos universitarios, así como los centros de investigación (bajo distintos nombres: centros, consejos, colegios, institutos, etcétera), han sido los continuadores de la tradición del siglo XIX en cuanto a la creación y transmisión del conocimiento histórico, aunque todos ellos han sabido adaptarse, en mayor o medida, a la adquisición del estatuto científico por parte de la historia, han incorporado las enseñanzas de la renovación historiográfica del periodo de entreguerras y han trabajado en el horizonte de la historia total con la ampliación del marco geográfico y temático que implica semejante opción.

Al mismo tiempo, las editoriales han rivalizado en poner al alcance de un público mayoritario los principales resultados de la investigación histórica, desde las prensas universitarias (que han revalidado su prestigio) hasta las editoriales comerciales, que han desempeñado en ocasiones también este papel de vanguardia en la difusión de la innovación historiográfica. Junto al libro, las revistas han jugado un papel incluso de mayor dinamismo en la acelerada comunicación de tales novedades a los especialistas. En este sentido, algunas se han consolidado en el siglo XX como punta de lanza en el desempeño de esta función: *Annales E.S.C.* en Francia, *Past and Present* en Gran Bretaña, *Studi Storici* y *Quaderni Storici* en Italia, etcétera.

Los congresos (o encuentros científicos bajo distintos nombres: simposios, coloquios, reuniones) han prolongado la tradición de los debates. Organizados por múltiples instituciones, han podido girar en torno a áreas geográficas más o menos extensas, a áreas temáticas también más o menos monográficas (desde congresos de historia económica o social a congresos sobre la nobleza, sobre las mujeres o sobre objetos todavía más circunscritos) y a periodos concretos (desde encuentros de medievalistas o de modernistas a reuniones de dieciochistas, por ejemplo). Finalmente, fruto de las comunicaciones y los debates suele ser la publicación de las actas que permiten ofrecer un actualizado estado de la investigación sobre el espacio geográfico, la temática o el ámbito cronológico en cuestión.

Hoy día, cuando hemos entrado en la era de Internet, la comunicación en el mundo científico ha empezado a cambiar a ritmo acelerado, con la aplicación de la tecnología a la difusión de los resultados de la investigación. Junto a las ventajas indudables del acceso electrónico a bibliotecas, archivos y museos (a la bibliografía en continua expansión, a los repertorios documentales o fuentes digitalizadas y a los objetos significativos del pasado exhibidos en salas o durmiendo en los almacenes), la transmisión del saber es la gran triunfadora, aunque a costa de algunos serios riesgos, que tienen que ver con la consulta acrítica de un material recogido muchas veces de forma poco fiable o incluso aleatoria. En cualquier caso, hoy es posible sustituir el libro mediante el soporte de CD o DVD. Hoy es posible mostrar un trabajo en la red (de modo individual o institucional) inmediatamente después de su elaboración. Hoy es posible realizar debates *on line* (incluso cara a cara mediante el recurso de la videoconferencia) sobre cuestiones que interesen a un número mayor o menor de especialistas (como puede mostrar en nuestro país la *Historia a Debate* creada por Carlos Barros). Hoy es posible la enseñanza virtual de la historia (como se empeñan en demostrar a diario los departamentos correspondientes de la Universidad Nacional de Educación a Distancia). En definitiva, ante nuestros propios ojos se está produciendo una transformación radical en el proceso de transmisión del conocimiento histórico, se está alcanzando por parte de la ciencia histórica una nueva dimensión en la creación de lo que llamamos la "sociedad del conocimiento".

Al margen de la revolución tecnológica en el campo de la comunicación, el investigador (y la sociedad circundante) sigue valorando sobre todo el estudio minucioso de una problemática significativa basado en el acopio de una documentación inédita, la crítica rigurosa de las fuentes, la aplicación de una metodología contrastada, el lógico encadenamiento de la argumentación y la conclusión convincente. Esta es la gran obra, la que permite aumentar el acervo de nuestros conocimientos. Sin embargo, este libro o este artículo, que es el que hace avanzar la ciencia historiográfica, es ante todo el patrimonio de los especialistas (ya lo consulten en un soporte tradicional o por vía telemática). Para darlo a conocer a un público más amplio, para ensanchar el campo de los beneficiarios del conocimiento histórico, hay que recurrir a su divulgación, lo que requiere un esfuerzo de síntesis, un lenguaje asequible y un tiempo siempre escaso sometido a la ley económica de los usos alternativos, o sea a las opciones personales ("no hay guerra más cruel que la que nos hace el tiempo", dijo muy acertadamente Lope de Vega). Son muchos los grandes especialistas que nos han marcado ya la pauta para la redacción de estas obras de divulgación (en libros o en las distintas revistas que se vienen ocupando de este tipo de producción científica), a veces con el resultado de familiarizar a un considerable número de lectores con una realidad a la que de otra manera nunca hubieran tenido acceso.

Hoy día, los historiadores no pueden permanecer al margen del ejercicio de la divulgación, que ya ha alcanzado (y de forma espectacular) incluso a las ciencias clásicas (la matemática, la física, la química, la astronomía, etcétera), siguiendo los ejemplos clásicos de Galileo Galilei (*Dialogo sopra i due massimi sistemi del mondo*, de 1632) o de Pierre Simon Laplace (*Exposition du système du monde*, de 1796) y, más cercano a nosotros, de Albert Einstein, con sus dos opúsculos dedicados a exponer del modo más sencillo posible los resultados básicos de su teoría especial (1905) y general (1915) de la relatividad. De un elogio escrito por Ben Santer con ocasión de la muerte de uno de los mayores especialistas de la climatología de nuestra época queremos entresacar unas palabras bien significativas al respecto: "Algunos científicos tienen talentos excepcionales en la investigación pura y dura... Otros tienen capacidad para comunicar cuestiones complejas a un público no especializado. Pocas veces se hallan científicos

que reúnan ambos talentos. Stephen Schneider fue uno de esos hombres." Creo que se debe intentar seguir su ejemplo.

Por el contrario, la divulgación nada tiene que ver con el fenómeno ahora muy difundido de la novela histórica. Un género de ficción que ha producido un cierto número de obras maestras (recordemos a Lev Tolstói, a Stendhal, a Marguerite Yourcenar, a Alejo Carpentier, a Manuel Mujica Láinez, a Gabriel García Márquez), siempre que se ha ajustado a algunas reglas inviolables: no falsear nunca los acontecimientos reales, dar verosimilitud a las acciones ficticias e iluminar con una verdad poética la verdad histórica. Hoy en día (aunque algunos de los mejores modernistas españoles en ejercicio han escrito algunas novelas históricas realmente sobresalientes), resulta difícil salvar a la mayoría de estas ficciones, por lo que el historiador ha de volcarse más en la labor de separar el trigo de la paja: distinguir la investigación histórica de la obra divulgativa falta de todo rigor, de la mera historia novelada (la mayor culpable de la ceremonia de la confusión) y de la novela propiamente dicha, sometida a la crítica literaria más que a la crítica histórica.

Volviendo a retomar el hilo principal, la historia es un instrumento para la comprensión racional del pasado. En nuestros días ya no hay que insistir en la separación de la ciencia histórica respecto del mundo de los mitos o las creencias, que sirvieron como explicaciones en otros estadios más primitivos del desarrollo humano, como ya señalara Giambattista Vico en su *Scienza Nova*. Cualquier científico social puede utilizar personalmente la mitología bíblica, la mitología cristiana o la mitología coránica para hacer frente a una vida vulnerable y amenazada inexorablemente por la muerte ("per non morire al primo incontro" con la realidad, que diría la desdichada *Madame Butterfly* de Giacomo Puccini), como coartada para no cambiar este mundo a cambio de la esperanza en otro situado más allá (es decir como el "opio del pueblo" dispensado por los poderes interesados en el mantenimiento del orden establecido, según ya señalara Karl Marx), como instrumento para garantizar un orden moral (siguiendo la desafortunada expresión de Fiodor Dostoievski de que "sin Dios todo está permitido"), como medio para mantener unida y controlada a la comunidad de los creyentes (como en el caso

de la *umma* islámica, articulada en torno a la inmutabilidad de la revelación por los siglos de los siglos) o incluso como medio para satisfacer una posible necesidad de lo sagrado. Sin embargo, nadie aceptaría en una reunión científica de prehistoriadores una explicación basada en la fábula de Adán y Eva, la manzana y la serpiente parlante (frente al lento proceso de la hominización hasta llegar al *sapiens*) ni tampoco el argumento desesperado del "diseño inteligente" frente a la teoría de la evolución formulada con todas las garantías por Charles Darwin. Hay que estar definitivamente del lado de Albert Camus en *Le Mythe de Sisyphe*: "Entre la historia y lo eterno, elegí la historia porque me gustan las certezas."

La historia es por tanto siempre historia razonada. Sus hitos vienen determinados por la progresiva aproximación a la realidad, por la progresiva determinación de los nexos entre causas y efectos analizados a la luz de la razón. De ahí la identificación de la relevancia de determinados autores en la marcha hacia ese conocimiento. Así, ya Tucídides presentaba en su obra su afán de objetividad, su esfuerzo por garantizar la inteligibilidad de los hechos humanos, su intención de separar las causas profundas o primeras de las ocasionales o segundas: el historiador de la guerra del Peloponeso aparece como el fundador de la historia racional y crítica, de la historia política y del método histórico, de tal modo que el gran filósofo ilustrado David Hume pudo afirmar que "la primera página de Tucídides marca el comienzo de la verdadera historia". Es la misma noción historiográfica que anima en el siglo XVIII la obra del barón de Montesquieu, tal como aparece en sus *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence* de 1734: "No es la Fortuna la que gobierna al mundo, tal como lo demuestra la historia de los romanos. Son causas generales, morales o físicas, las que operan sobre cada Estado, lo elevan, lo mantienen o lo destruyen; todo cuanto sucede se halla sujeto a esas causas; y si una causa particular, como el resultado accidental de una batalla, arruina a un Estado, no hay duda de que por debajo de ésta había una causa general que acarreó la decadencia de ese Estado a partir de esa batalla individualmente considerada. En una palabra, el movimiento principal lleva consigo todos los acontecimientos particulares."

Así, dos obras separadas por más de veinte siglos mantienen una línea de pensamiento que contribuirá a la fundación de la historiografía científica de nuestra época, la historia

razonada de Lucien Febvre y de Pierre Vilar. En definitiva, para concluir, la historia tiene el mismo potencial explicativo en su campo que la física en el suyo (y más todavía cuando la inmutabilidad newtoniana ha sido corregida por la relatividad advertida por Max Planck, Albert Einstein, Niels Bohr o Werner Heisenberg), tal como muy bien señala Max Horkheimer, el filósofo de la escuela de Frankfurt más interesado por la historia, en sus *Anfänge der bürgerlichen Geschichtsphilosophie*: "Pues del mismo modo que cuando se trata de los demás ámbitos del universo, la tarea del científico consiste en explicar todos los procesos que allí se producen a partir de unas condiciones conocidas y de acuerdo con una legalidad, también está justificado el intento de estudiar los fenómenos históricos desde el punto de vista de su entramado causal."

La historia no sólo nos enseña el pasado, sino que nos sirve para comprender el presente. En parte, porque el presente se hace incesantemente pasado, como proclamaba en unos hermosos versos un gran poeta japonés del siglo XVIII, Issa Kobayashi: "Crepúsculo de cerezos / El hoy ya se ha convertido / en ayer." Sobre todo, porque todos los fenómenos sociales hunden sus raíces en el pasado: las Cruzadas nacen de la necesidad de afirmación del Papado frente a los poderes temporales y de la reacción imitativa cristiana frente al yihadismo islámico; la Reforma de Lutero nace de las carencias de la Iglesia, de la desesperación de los pobres y del protonacionalismo alemán; la sublevación franquista en España nace de la insostenible desigualdad social y de la consiguiente defensa de sus privilegios mediante la movilización militar por parte de los beneficiarios del régimen imperante.

Ya lo comprendió así en el siglo XVIII el ilustrado Samuel Johnson: "El estado actual de las cosas es consecuencia de lo anterior; y es natural indagar cuáles fueron las causas del bien que disfrutamos o del mal que padecemos. Si actuamos sólo para nosotros mismos, descuidar el estudio de la historia no es prudente; si se nos ha confiado el cuidado de otros no es justo." Y en el siglo XX, Marc Bloch, que sentenciaba: "la incompreensión del presente nace de la ignorancia del pasado". Para mí fue reveladora en su momento una frase de Henry James en su cuento de fantasmas titulado *The Jolly Corner*, donde el autor propone una sutil ocultación de la realidad, la de omitir el pasado de la casa

encantada: "Le dejó ver sólo el presente, mientras paseaban por las grandes habitaciones vacías, desocupadas y sin muebles."

Un engaño menos sutil que me indignó en otro momento fue la presentación de la agresión contra Nicaragua por parte de Ronald Reagan como un hecho singular o aislado justificado por circunstancias excepcionales: nadie le hubiera creído si hubiera conocido la historia de más de un siglo de agresiones sistemáticas de Estados Unidos contra los países de Hispanoamérica: México en 1846, Cuba y Puerto Rico en 1898, Guatemala en 1953, Cuba de nuevo en 1961, etcétera. La historia sirve así no sólo para conocer el presente sino para crear una conciencia crítica frente a los manipuladores del presente. Es más, una de las funciones irrenunciables del historiador es ese ejercicio: el historiador debe ser, según las palabras de Paul Baran, "un crítico social, una persona cuya preocupación es identificar, analizar y por esa vía contribuir a superar los obstáculos que se oponen a un orden social mejor, más humano y más racional". Y más recientemente, el ya citado Pierre Bourdieu, ha vuelto a insistir, con referencia a todos los intelectuales: "Lo que defiende fundamentalmente es la posibilidad y la necesidad del intelectual crítico... No existe una auténtica democracia sin un auténtico contrapoder crítico. Por eso considero que el trabajo de demolición del intelectual crítico, muerto o vivo —Marx, Nietzsche, Sartre, Foucault y unos cuantos más clasificados en bloque con la etiqueta de 'pensamiento 68'—, es tan peligroso como la demolición de la cosa pública..."

Ahora bien, si la historia se ocupa del pasado y del presente que se hace incesantemente pasado, la misma historia también nos sirve para proyectar nuestro futuro atendiendo a la ley de la regularidad histórica. Esta virtualidad ya la habían señalado los clásicos y así nos ha quedado fijada en la famosa expresión de Cicerón definiendo la historia como *magistra vitae*. Maquiavelo teorizó esta función en sus *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio*: "Suelen decir los varones prudentes, y no irreflexivamente ni sin fundamento, que el que quiera prever el futuro debe mirar el pasado, ya que todas las cosas de este mundo siempre han sido semejantes a las pasadas. Esto obedece a que sus autores son los hombres, los cuales siempre han tenido y tendrán las mismas pasiones, de modo que el resultado también tendrá que ser siempre el mismo." Y entre nosotros, Luis Cabrera de Córdoba, en su biografía de Felipe II, remacharía el clavo: "El que mira a la historia

de los antiguos tiempos atentamente y lo que enseñan guarda, tiene luz para las cosas futuras, pues una misma manera de mundo es toda." Incluso más recientemente el gran escritor Cesare Pavese, en sus *Dialoghi con Leucò*, mantenía la misma fe poética en la previsión del futuro desde la mera contemplación del pretérito: "Deméter: Se diría que ves el futuro / Diónisos: Basta con haber visto el pasado."

Sin embargo, los hombres actúan siempre en contextos sociales diferentes y ninguna situación histórica se repite, por lo que las enseñanzas de la historia se refieren sobre todo al concepto de regularidad histórica y a la influencia de los sucesos del pasado en la configuración del presente, con lo cual podemos aspirar a un cierto grado de previsión del futuro y de intervención para modificar dicho futuro de acuerdo con un proyecto social que queremos favorable al progreso de la humanidad. Así, Jean Chesnaux ha llegado incluso a la radical afirmación de que "la última función de la referencia al pasado es el porvenir". Y con el mismo sentido, y con el mismo carácter militante, ha planteado Josep Fontana su *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*: "Hay que reinventar un futuro, redefiniendo los objetivos a alcanzar de modo que den una respuesta válida a los problemas a que se enfrenta el hombre de hoy en el mundo entero. Necesitamos recomponer una visión crítica del presente que explique correctamente las razones de la pobreza, el hambre y el paro, y que nos ayude a luchar contra la degradación de la naturaleza, el militarismo, la amenaza atómica, el racismo y tantos otros peligros. Pero esta tarea no será posible si el historiador no participa también en ella, renovando nuestra visión del pasado de modo que sirva de base para asentar un nuevo proyecto social."

Ahora bien, este llamamiento nos sorprende en un momento de generalizado pesimismo. En la última década, hemos asistido a la degradación acelerada de unos valores de civilización que creíamos implantados de forma estable en el mundo desarrollado y que incluso parecían propagarse por el mundo más deprimido, hasta el punto de que su universal aceptación había hecho pensar a algunos ensayistas que había llegado el "fin de la historia", ya que sólo debíamos sentarnos a esperar la instalación de la democracia como un bien indiscutible y reconocido por todo el mundo. Muy al contrario de lo que pensaba Francis Fukuyama, lo que se ha producido es un inesperado *tournant*, que nos ha retrotraído al imperio de la barbarie. Así, el trío belicista reunido en las

Azores (Georges Bush, Tony Blair y José María Aznar) pudo dar carta de naturaleza a un aberrante concepto de "guerra preventiva" que sin duda habrá hecho removerse en su tumba a Francisco de Vitoria, el creador del derecho de gentes, el definidor de los justos títulos para admitir una acción militar. Así, el encierro en Guantánamo de unos prisioneros de guerra ha destruido el avance que significó la Convención de Ginebra en la humanización de la guerra, ha violado toda garantía legal en los juicios para dirimir responsabilidades penales, ha hecho retroceder el imperio del derecho que desde los romanos debe presidir toda sociedad ("ubi societas, ibi ius"). Así, los expertos estadounidenses han procedido a la inicua justificación del secuestro, la tortura y el asesinato (incluso con el más absoluto desprecio a la ley de otros países), cuando pensábamos que tales prácticas eran patrimonio de la Alemania nazi o de la Argentina de la dictadura militar. Así, los Estados Unidos y sus aliados, como el Estado de Israel (cuya actuación en Gaza es ya un crimen de lesa humanidad), han empleado en sus guerras soldados mercenarios, armas químicas y bombas de racimo, llevando la muerte y la mutilación a la población civil, incluyendo los más desvalidos, sorprendidos en sus hogares, en sus hospitales o en sus escuelas, en un ejercicio de crueldad que antes sólo asociábamos con los imperios asirios y ahora podemos condenar en estos *soi-disants* "Estados de derecho". Como consecuencia, las agresiones de estos nuevos cruzados occidentales contra los países musulmanes no pueden tener otro efecto que el de revitalizar la imagen negativa de los estados "cristianos" en el imaginario islámico, alimentar el integrismo ya contenido *ab initio* en el propio Corán y reforzado después por las interpretaciones fundamentalistas de wahabíes y salafíes, fomentar las respuestas terroristas inspiradas en la yihad y fortalecer a las dictaduras teocráticas como la de Irán.

Este es el escenario que tenemos delante. Un escenario que, al presentar agravados los males visibles en el mundo, no hacen sino poner aún más de evidencia, manifestar aún más claramente el fracaso de las grandes utopías generadas para hacer el mundo más habitable. En primer lugar, el cristianismo, cuyo fracaso se revela menos en la deriva fundamentalista de la Iglesia Católica (también presente, al igual que en el judaísmo y el islamismo, en sus definiciones fundacionales de sociedad dogmática, jerárquica, retrógrada y misógina), como en el escándalo de un mundo profundamente desordena-

do y contrario a los principios que, al parecer, inspiraron a Jesús de Galilea: un mundo dominado por la guerra (proliferación de ejércitos y de armamento nuclear y biológico de destrucción masiva), por el hambre (mil millones de personas sin alimentos, mil millones de personas sin acceso al agua y a la asistencia sanitaria, diez millones de niños muertos anualmente), por las indignas condiciones de vida y por una serie intolerable de lacras, como la pena de muerte, la esclavitud, la explotación laboral, el sometimiento de la mujer, la guerra forzada para los niños, la prostitución infantil y juvenil (aquí por una única vez sin diferencia de sexos). ¿Y el socialismo, la segunda gran utopía contra la miseria y la tiranía? En su versión comunista (viva desde 1917), no ha conducido sino a la generación de gobiernos autocráticos y despóticos, al secuestro de las libertades, a la igualación en la pobreza, a la persecución del pensamiento crítico, a la aparición de regímenes fanáticos. En suma, un gran fracaso, que parece haber producido un mundo más indefenso, más doliente y más inestable. Ahora bien, ¿un fracaso definitivo, una situación irreversible? Queremos pensar con el gramsciano optimismo de la voluntad que podemos y debemos superar el desánimo, como ciudadanos y, ¡cómo no!, como historiadores, como científicos sociales. Y queremos, por ello, recurrir precisamente a la historia.

Ciñéndonos a Europa, su historia empieza en Grecia. Si las grandes creaciones del mundo griego en el terreno de la organización política, de la filosofía, de la ciencia, de la literatura y del arte han marcado toda la evolución futura del mundo europeo, aquí debemos destacar dos de sus legados más preciados como instrumentos de progreso: el desarrollo frente a las fabulaciones míticas de un pensamiento racional para el conocimiento del universo y para la fundamentación de una ética y de una política y la cristalización del sistema democrático en algunas de sus ciudades como modelo que perfeccionado desembocaría en nuestro actual concepto de democracia parlamentaria. La otra gran aportación del mundo clásico vendría de Roma: sería el derecho, indisolublemente asociado a las nociones de ciudadanía, gobierno y civilización, puesto que no hay sociedad civilizada si no se establece el imperio de la ley.

El Imperio Romano permitió, por otra parte, la difusión de una de las grandes doctrinas que hicieron del amor y la compasión los valores fundamentales de las relaciones hu-

manas (y cuyo correlato en el mundo oriental correspondió al budismo). Nacida de la predicación de Jesús de Galilea, sus enseñanzas fueron reelaboradas por Pablo de Tarso, quien convirtió a la utopía humanista original en una doctrina vinculada a los libros sagrados judíos y en una religión de aspiraciones universalistas, tras la divinización de su fundador y la afirmación de la existencia, en un más allá, de una vida eterna para los creyentes.

La Edad Moderna inauguró un largo periodo creativo, que abarcó fenómenos como el Renacimiento, el Humanismo, la Revolución Científica y la Ilustración, extendiéndose, según la fórmula de Delio Cantimori, "desde Petrarca a Rousseau". El Renacimiento supuso el redescubrimiento de la Antigüedad, la restauración de la cultura antigua, la constatación del valor ejemplar de la cultura clásica. El Humanismo, fenómeno inseparable de la revolución cultural renacentista, aportó la conciencia de la grandeza del género humano, capaz de excelsas creaciones en el terreno del pensamiento, la literatura y el arte, pero también la conciencia de la dignidad del hombre como centro del universo, como medida de todas las cosas, como microcosmos que refleja en sí el macrocosmos, como ser prometeico capaz de superar sus limitaciones, como *uomo universale* capaz de todas las aventuras materiales e intelectuales y como depositario de valores morales capaz de aspirar a la perfección.

La cultura del siglo XVII aparece dominada por dos fenómenos bien delimitados, al Barroco y, sobre todo, la Revolución Científica, que es la consecuencia madura del avance del pensamiento racional. Un pensamiento que tuvo que librar diversas batallas para ganarse su derecho de ciudadanía: batalla contra la autoridad de los antiguos para la fundamentación de un nuevo paradigma, batalla contra el dogma religioso y contra las condenas de las iglesias, batalla contra la mentalidad mágica, batalla contra el orden establecido. Sin embargo, al final de la centuria, la ciencia había obtenido la victoria y había conquistado su plena autonomía frente a las creencias y los saberes contaminados de irracionalidad.

El siglo XVIII, el Siglo de las Luces o de la Ilustración, nos ofrece una serie de ideas nuevas que debían iluminar los espíritus y de este modo alumbrar un camino que con-

ducía a un estadio superior de la historia de la humanidad. Unas ideas por tanto que conservan hoy día su virtualidad y que nos han de ayudar a mantener el horizonte de civilización en que hemos vivido y a construir sobre sus cimientos ese futuro mejor que es el objeto de nuestro anhelo. Esas ideas son el primado de la razón (como fuente del conocimiento, como base del progreso material, como fundamento de la organización política), la inspiración de la naturaleza (opuesta a lo adquirido, es decir a la ganga de las tradiciones, a lo artificial, es decir a las convenciones, y a lo sobrenatural, es decir al reino de lo incierto), la libertad como bien irrenunciable por ser intrínseco a la condición humana (en el terreno de la conciencia, de la organización económica, del ordenamiento político) y la apuesta por la secularización, es decir por el imperio de los valores laicos de paz, de prosperidad, de cosmopolitismo, de tolerancia, de felicidad, para de este modo poner el acento en la dispensa universal de las "nourritures terrestres" (según la afortunada expresión de André Gide) y en el "reino de este mundo" (parafraseando a Alejo Carpentier).

La suma de estos valores fundamentaba un proyecto de convivencia, que sigue siendo válido para el hombre de hoy. Una convivencia que, desterrando el "feudalismo" (es decir, el dogmatismo religioso, el mercantilismo económico y el despotismo político), se basaba en el liberalismo como sistema económico, en el constitucionalismo como sistema político, en el laicismo como sistema ideológico. La plasmación de estos principios (fruto de una larga maduración histórica, que pasa al menos por Marsilio de Padua, Baruj Spinoza, John Locke, el barón de Montesquieu y Jean-Jacques Rousseau) sería la obra de la Revolución Francesa y de las revoluciones políticas que le hicieron eco en la primera mitad del siglo XIX: soberanía popular, primado de la constitución, igualdad de todos ante la ley, división de poderes, separación entre iglesia y estado, amparo de las libertades individuales.

Finalmente, la aparición del nuevo régimen de libertades quedaría sancionado por la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, que proclamaría la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión como "derechos inherentes a la naturaleza humana", acompañados de la libertad de opinión, de prensa y de conciencia, mientras la ley era definida como la expresión de la voluntad general y de la soberanía

y como la fuente de legitimidad de los poderes públicos. Así, la *Declaración* pasaba a convertirse en un patrimonio inalienable, tal como sería recogido por la Convención Europea de los Derechos Humanos, firmada en Roma en 1950, más de un siglo y medio después, y tal como sigue siendo hoy día.

El siglo XIX desarrollaría los principios establecidos por la Revolución Francesa y, sobre todo, pondría el acento en corregir algunas de sus carencias, en dotar de mayor contenido social a su programa y en extender sus beneficios a las clases olvidadas por los teóricos de las nuevas doctrinas y por los políticos encargados de su puesta en práctica. Así, los reformadores de la época se ocuparán de que las conquistas revolucionarias no dejen al margen a colectivos tan considerables como los obreros, los esclavos o las mujeres. En ese marco, si el movimiento abolicionista y el movimiento sufragista protagonizarían la defensa de las dos últimas causas, la utopía marxista sería la corriente de mayor alcance, al predicar un cambio radical del modelo de sociedad, al constituirse en un proyecto completo de emancipación social. Hoy día, después de muchos avatares (entre ellos el fracaso del comunismo), sus generosos principios han sido reconocidos como patrimonio por el socialismo democrático, por la socialdemocracia, una vía reformista que, conciliando la libertad con la justicia social, sigue alimentando las esperanzas para la construcción de un mundo mejor.

Estas son las lecciones de la historia, estas son las respuestas de la historia a nuestras proyecciones de futuro. El estudio del pasado nos pone ante la vista situaciones terribles pero que la humanidad ha superado: la tiranía de Hitler, la tiranía de Stalin, la muerte instantánea de decenas de miles de inocentes en Hiroshima y Nagasaki causada por las bombas atómicas arrojadas por los Estados Unidos. Y nos pone igualmente por delante ejemplos a seguir, como la confianza en el progreso indefinido mantenida heroicamente por el marqués de Condorcet, quien escribía su *Esquisse d'un tableau historique du progrès de l'esprit humain* mientras esperaba ser llevado a la guillotina: confianza en el progreso material (apoyado en la ciencia, que permite el creciente dominio sobre la naturaleza), en el progreso intelectual (apoyado en la producción y acumulación del conocimiento y en la transmisión del saber), progreso social y político, por la marcha hacia la libertad, la igualdad y la fraternidad de todos los hombres y todos los pueblos.

O la confianza, también heroica, del ya citado Mark Horkheimer, quien en el año 1938, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, podía declarar: "La Teoría Crítica que, en contraposición con el escepticismo, nosotros defendemos, no convierte en absolutismo antiteorético su visión de la maldad de lo existente y de la transitoriedad del conocimiento, sino que, a pesar de las comprobaciones pesimistas, se deja guiar por un tenaz interés en un futuro mejor."

Por ello, nuestro deber es actuar en el sentido de la historia: conservar el legado de la Antigüedad, perseverar en los valores de la Ilustración, trabajar como ciudadanos en la defensa del sistema democrático, colaborar con los movimientos que combaten la desigualdad y la injusticia que reinan en este mundo en el 2010, trabajar por la paz como condición irrenunciable para ofrecer un futuro a la humanidad. El historiador tiene la obligación de investigar el pasado, de comprender el presente y de construir el futuro. Y ello con sus propios medios, aunque no sean tan inmediatamente eficaces como pensaba Marco Tulio Cicerón.

El historiador sabe que su tarea como crítico social es difícil, sabe que no puede obtener resultados inmediatos. Sin embargo, cuando se entrega al estudio del pasado, siempre puede aspirar a captar, a través del análisis de unos hechos concretos, el sentido de la historia y tratar de explicar a los demás el tortuoso discurrir de la humanidad y comunicar la vivencia de la regularidad histórica. En su testamento historiográfico, unas breves líneas publicadas precisamente en Lleida en 1999 por Editorial Milenio (en la obra colectiva *Historia moderna, historia en construcción*), Pierre Vilar afirmó, después de setenta años de ejercicio de su profesión, su firme convicción en la virtualidad de la historia razonada para comprender la realidad pasada y presente y para imaginar y confiar (no con la inconsciencia del necio, sino con la prudencia del sabio) en el futuro: "Lo mejor que podemos hacer es pensar que estamos situados en una línea de evolución donde todavía hay comportamientos muy primitivos y dificultades e incapacidades de las organizaciones más avanzadas del mundo. Las Naciones Unidas, por ejemplo, son la concreción de un gran sueño, pero en la actualidad distan mucho de ser una realidad satisfactoria. En resumen, sigo pensando que la reflexión histórica es la mejor manera de, al mismo tiempo, no hacerse ilusiones y sin embargo mantener la esperanza."

DISCURS DE CLOENDA

DR. JOAN VIÑAS SALAS

Durant les darreres dècades la universitat ha evolucionat en molts camps i des de molts aspectes. Entenc que un dels canvis més important és la nova manera que la institució —en definitiva, els seus membres— té de pensar-se a ella mateixa. Durant dècades la vida universitària va transcórrer sovint aliena al conjunt de la societat. A poc a poc es va anar posant l'accent en la responsabilitat docent, entesa com alguna cosa més que la repetició de sabers i l'expedició de títols: l'estudiantat va passar a ser protagonista de la seva pròpia formació, i per tant, havia de tenir responsabilitats en la marxa de la institució. Tot i que massa sovint queda emmascarada per una normativa excessivament burocratitzada, la filosofia que anima l'anomenat Pla Bolonya no és sinó aquest reconeixement del paper substancial que els estudiants tenen en la seva formació i educació. Un procés semblant ha experimentat la concepció de la recerca; ningú pot pensar, avui en dia, que allò que fa no ha de tenir una repercussió social i, també en algunes ocasions, empresarial. Ara bé, una novetat tant o més transcendent que aquestes és l'autoreconeixement de la responsabilitat social de la universitat. Una responsabilitat àmplia i que abasta des del compromís amb el teixit productiu —i per tant, amb el progrés material de la societat— fins al compromís crític, expressió d'una voluntat transformadora de la societat humana. Això comporta tant la transferència de tecnologia i coneixement com la divulgació d'aquest mateix coneixement i la formulació d'una crítica valenta i responsable.

Com ha posat de manifest la *laudatio* del Dr. Fernández, el nou doctor *Honoris Causa* de la nostra universitat ha recorregut amb intensitat, eficàcia i saviesa tots aquests aspectes de la vida universitària. El llibre d'homenatge que s'ha presentat aquest matí és un testimoni magnífic d'aquesta manera de fer. Allí hi ha la faceta pròpiament d'historiador, és a dir, la més directament lligada a la recerca, també la de docent i divulgador i, potser en primer lloc, la de mestre d'historiadors. Els convido a mirar l'índex

—també a llegir el llibre, naturalment— i comprovaran que la paraula *mestre* —sovint lligada a *amistat*— es va repetir.

El seu pas per un vicerektorat de la Universitat de Barcelona durant el mandat del Dr. Badia i Margarit va quedar lligat a la història de la nostra universitat. No hi ha cap dubte que la creació d'una divisió territorial amb el nom d'Estudi General, clara evocació de la nostra institució medieval, va contribuir a crear una protoconsciència d'universitat lleidatana, cosa que les facultats, una a una, no haurien aconseguit, o hauria estat més difícil. Aquella primera idea d'Universitat de Lleida va contribuir decisivament, aquí i a Barcelona, a la definitiva creació de l'actual UdL.

Hem de fer justícia, per tant, a uns responsables universitaris que van tenir un consciència de país que ara mateix hom troba a faltar en més d'una ocasió.

La memòria d'aquells anys desperta sovint la nostàlgia en no pocs professors que ho vam viure. Certament érem més joves, i això condiciona la memòria, però també és cert que les etapes fundacionals, en què la voluntat és més imprescindible que els mitjans materials, sempre són més creatives, i per tant, en guardem un record amable. Tanmateix, ara, enmig de les dificultats prou conegudes per tothom, la Universitat de Lleida ha aconseguit posicionar-se molt adequadament tant en el conjunt català com espanyol; Europa potser ens queda una mica més lluny, però podem començar a pensar que no és inabastable.

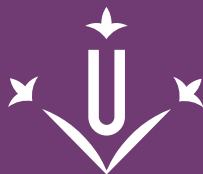
El nom del Professor Martínez Shaw també està lligat al desenvolupament de la Unitat Departamental d'Història Moderna de la nostra universitat. No correspon fer ara un balanç de les aportacions dels nostres modernistes, però sí que voldria posar en relleu la important projecció dels estudis de Lletres, tant en l'àmbit estrictament universitari com en la cultura lleidatana.

Massa sovint la cultura és menystinguda o arraconada, encara que mai formalment. Però la capacitat d'elaborar cultura és un dels principals elements a l'hora de mesurar el grau de desenvolupament d'una societat, i per tant, de la seva capacitat de benestar.

Lleida i les seves comarques han experimentat al llarg dels darrers cinquanta anys un molt notable desenvolupament econòmic i transformació social. Durant dècades aquests canvis no va anar acompanyat d'un paral·lel creixement cultural. Això s'ha corregit gràcies a la Universitat. Gràcies, en primer lloc, a l'existència de la Facultat de Lletres i al seu professorat.

La UdL ha reconegut aquest paper, i estem convençuts que aquesta és una dimensió substancial de la nostra universitat que, d'acord amb els mitjans disponibles, s'ha de continuar potenciant. Així es preveia en el Pla Estratègic 2006-2012 i també és un dels eixos del Projecte Iberus aprovat recentment.

Aquestes són algunes de les reflexions que han anat sorgint en el marc d'aquest doctorat *Honoris Causa*. Gràcies, doncs, Professor Martínez Shaw. Gràcies per acceptar aquesta investidura que ens honora.



Universitat de Lleida